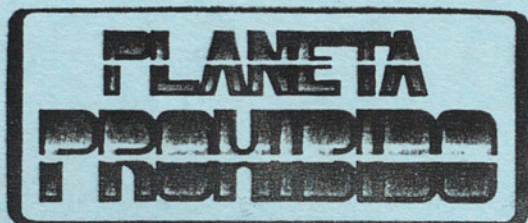


PLANETA I LANE IA DOUTIDO I NOTIDIO



HEMEROTECA
Ciències Informàtiques
Universitat Autònoma de Barcelona

J. RUBIES - 86



FANCINE DE SF · N°1 · JUNIO · 1986

EDITAN

JOSE ANGEL ADAME
JUSTO REBOTO

MAQUETA, MONTAJE Y DISEÑO

José Angel Adame

ILUSTRACIONES

José Rubies Martínez

SUMARIO

EDITORIAL, por Justo Reboto.....	Pag. 3
MI NOMBRE ES LEGION: I. Ninfa del Bosque, por C.S. Cidoncha " .	5
PASAPORTE A BALONIA, por Miguel Pindado Martín.....	" . 16
NILA, por Miguel Pindado Martín.....	" . 24

AGRADECIMIENTO ESPECIAL

Queremos hacer público desde aquí, nuestro reconocimiento a EMILIO JOSE STIHL BLANCO, que nos brindó su apoyo desde el primer momento y ha hecho posible, además, que éste fancine tenga un rótulo nominal en condiciones.

PLANETA PROHIBIDO es un fancine dedicado a la publicación de relatos de SF. Aparece trimestralmente. PLANETA PROHIBIDO se edita como medio de expresión cultural. Suscripciones, envío de originales, correspondencia y números atrasados: José Angel Adame, Apdo nº 55009. Código Postal: 28080. MADRID.

Los originales para PLANETA PROHIBIDO no deben sobrepasar los ocho folios de extensión, debiendo estar escritos a doble espacio y por una sola cara. Los autores de los relatos publicados conservan todos los derechos sobre los mismos. No se devolverán originales no solicitados.

EDITORIAL

Un editorial, es siempre un ejercicio difícil por lo que lleva - de confesión y auto-análisis de las propias intenciones e ideas.

Es este el caso del presente, que por ser el que abre el nº 1 de "PLANETA PROHIBIDO", tratará de contestar a algunas de las muchas preguntas que os estareis haciendo sobre él.

Lo primero que debéis saber de él, es que se trata de un fancine de ciencia ficción, y sólo ciencia ficción. ¿Por qué?, simplemente por que es lo que nos gusta, no lo único que nos gusta por supuesto. Sin embargo otros temas mas o menos afines como el fantasy o el terror -- tienen ya sus propios medios de expresión, tan precarios como este -- ciertamente pero hay están. No descartamos eso si, sacar algún especial sobre estos generos, si, como es el caso ya con algunos, conseguimos relatos de calidad.

El nuestro, es un fancine de relatos. Somos conscientes de lo infrecuente del hecho y de los riesgos que corremos con ello, pero nos a parecido necesario en estos momentos de absoluta carencia de medios donde publicar. Nuestra mayor alegría sería que apareciese una auténtica revista desde donde los que escriben en este país- porque en este país se escribe -pudieran llegar de un modo continuado a los aficionados, no perdemos la esperanza.

Despues de lo dicho, no seríamos justos si no mencionáramos la existencia; como ya sabreis, de una revista de reciente aparición, el "ASIMOV MAGAZINE", bien venida sea por lo que trae de bueno que no es poco, especialmente permitirá al aficionado estar al día con las tendencias y los caminos que sigue la ciencia ficción actual fuera de nuestras fronteras. Esperamos sinceramente que nos dure, solo una pequeña sugerencia, agradeceríamos la inclusión del copy-right de todos los relatos que se publiquen.

Sin embargo, lo mismo daría que viniese de Marte- no tendríamos nada que objetar si en Marte se hiciese buena S.F -pues la participación española es nula y no va a ayudar a que en España se escriba mas y mejor que es la única forma de tener S.F española.

Volviendo a nuestro fancine, pretendemos que el único criterio en la selección de los relatos a publicar sea la calidad, por tanto intentaremos no favorecer ninguna corriente o subgénero de los existentes en la S.F actual.

Esperamos que vuestro criterio coincida con el nuestro y que los relatos que aquí os ofrecemos, así como los que vengan, sean de vuestro agrado. Por ello creemos que lo mejor que podeis hacer es volver la página, donde hace rato ya que os espera impaciente el s.r Cidoncha que sin duda tendrá cosas mas interesantes que contaros.

El relato que abre éste nuestro primer número, pertenece a uno de los hombres más populares de la S.F española, Carlos Saiz Cidoncha. Nació, junto con los que le siguen, con el título generico de "Mi Nombre es Legión", en una novela por desgracia, como tantas otras, inédita. Se hacía por tanto necesaria antes de entrar en su lectura, una breve introducción y nadie mejor -- que el propio autor para hacerlo.

Con él os dejamos.

Evidentemente, esta Legión del Espacio que aquí se presenta, no deja de deber algo a la célebre novela de Jack Williamson que en los lejanos años cincuenta me impresionó grandemente, como creo que a todos -- quienes tuvimos la suerte de leerla durante la adolescencia.

Pero como se verá, el marco y la actividad de ésta nueva legión -- espacial son completamente distintos de los que describe Williamson; aquí se trataría más bien de los legionarios que describe Wren, en -- sus obras sobre la Legión Extranjera de Francia; soldados dispares, -- procedentes de mil orígenes distintos, que combaten, descansan y be -- ben entre batalla y batalla y que, a veces hablan de sus aventuras y de su vida anterior.

El marco es la centenaria guerra de la Federación terrestre con -- tra el Imperio de los Xern, una raza humanoide de piel gris hallada -- en dirección al centro de la Galaxia, y cuyo conflicto ya he utiliza -- do en algunos relatos. Una verdadera "guerra de las galaxias" en la -- que las formidables flotas espaciales se enfrentan y destruyen mutua -- mente, pero en la que el soldado de infantería tiene igualmente su pa -- pel que jugar, combatiendo y muriendo en infinidad de extraños plane -- tas, donde en ocasiones la naturaleza es para él peor enemigo que las tropas antagonistas.

Esta Legión del Espacio nació en una novela inédita titulada La -- Ráfaga de Gloria, y allí hice a sus hombres alistarse en busca de ol -- vido para sus vidas pasadas y luego les seguí por el brutal campo de -- entrenamiento de Dar Riffien (planeta así llamado en recuerdo del cam -- pamento marroquí de nuestra legión extranjera española), más tarde -- por los distintos campos de batalla, en los que unos murieron, otros -- sobrevivieron y todos cambiaron más o menos, a la manera en que las -- guerras hacen cambiar a los hombres.

Se trata, evidentemente, de un cuerpo de voluntarios que renun -- cian de antemano a todos los derechos que puedan tener como ciudadan -- os antes de integrarse en su nueva vida. Dar Riffien es un planeta -- de alta gravedad, dotado además de otras características propias, en -- general nada agradables. Pero allí, mediante un programa de entrena -- miento a la vez bárbaro y científico, en el curso del cual son muchos -- los que sucumben, se forja una especie de super raza, unos seres de -- fuerza formidable he increíble rapidez de reflejos, unos combatientes -- de élite: Los legionarios del espacio.

Son éstos enviados, desde luego, a los sectores mas duros de los -- frentes de combate, en las lejanas constelaciones de Sagitario y Ophi -- uchus, donde las bajas son grandes, como siempre sucede con las trop --

pas escogidas. Tan sólo en estos combates les está permitido hacer -- uso de su fuerza física tan costosamente adquirida, puesto que les es tá prohibido hacerlo en peleas entre ellos mismos y, claro está, también contra la población civil o contra otros combatientes. Los casti gos son muy severos en tal caso.

La taberna de Chonín, en Campo Retiro, es simplemente un lugar de descanso para estos guerreros, un lugar semejante a los que han existido en nuestro mundo desde que se reclutó el primer ejército, en el antiguo Egipto o en Sumeria. Allí, los legionarios beben y charlan entre sí sobre las campañas pasadas y las que han de venir, allí hacen sus "apuestas de muerte" sobre quien de ellos morirá en la próxima batalla, allí comentan mil extraños sucesos que les han ocurrido a lo largo de su vida combatiente...

y allí es donde les conocerá el lector en las siguientes páginas.

MI NOMBRE ES LEGION

©1986 CARLOS SAIZ CIDONCHA

"Y le preguntó ¿cuál es tu nombre?
y respondió diciendo: Mi nombre es legión
porque muchos somos "
(San Marcos V-9)

"NINFA DEL BOSQUE"

La cantinera dirigió una aburrida mirada al hombre que se aproximaba al mostrador. Pero en el instante siguiente su expresión varió -- para denotar un ligero atisbo de interés, pues la figura que se acercaba resultaba extraña e incomprensible en aquel ambiente. Un Hombre Feliz, o lo que es lo mismo, un "paisano". Un ser que no iba ataviado con el omnipresente uniforme de la Legión del Espacio.

El Hombre Feliz tenía aspecto de serlo de verdad. Era joven, aunque no demasiado, con el labio superior cubierto por un breve bigotillo muy bien cuidado. En su mano derecha se balanceaba una caja cuadrada y negra. Sonrió a la cantinera.

--¿Me cabe el placer de hablar con la señorita Asunción?.

Ella le miró con ojos cansados.

--Chonín - corrigió - Chonín, hija de Chonín y nieta de Chonín. Siempre ha habido un Chonín en Campo Retiro, señor, y siempre la habrá.

--!Magnífico! - exclamó el desconocido - Permítame presentarme, señorita Chonín. Soy Antonio Alvaro de Sotogrande, pilar principal y co-laborador imprescindible de "El Mensajero Galáctico". El Universo entero nos tiene a su lado a la hora del desayuno...

La expresión de Chonín no varió. Si acaso se hizo vagamente hos-til.

--Un periodista...

--Es mi orgullo y mi riesgo, señorita Chonín. Corresponsal de gue-rra en Sagitario y Ophiuchus una docena de veces. Dos heridas y una contaminación radiactiva, pero aún sigo viviendo. Una curiosidad irre-frenable por todo lo que interese o pueda interesar a nuestro público.

--Y que ahora viene a satisfacer aquí, en la taberna de Chonín, en Campo Retiro - le interrumpió la cantinera - Al verdadero Hogar de la Legión Extranjera del Espacio, ¿no es eso?.

--!Exactamente! - acentuó su sonrisa el otro - !Ah, la Legión del Espacio!. ¿Qué no se ha escrito sobre ella? Nuestros fieles y leales superhombres que se batan incansablemente contra el Imperio de los --Xern, para defender a la Federación del ataque extranjero. Seres le-gendarios, fuertes y poderosos. Invencibles en la pelea. Aventureros románticos, entregados a la milicia en cuerpo y alma, quizá en espera de olvidar en la lucha...

--De olvidar en la lucha todo un pasado tormentoso - continuó por --él la cantinera, en tono aburrido - ¿Quiere usted un consejo, señor Sotogrande?.

--Todos los que quiera, señorita Chonín.

--Váyase de aquí cuanto antes. Creame que conozco muy bien a los mu-chachos de la Legión, y no son precisamente unos fanáticos de la pren-sa galáctica y de quienes la sirven. Vienen aquí para olvidar las ba-tallas en las que han intervenido y en las que han arriesgado su pe-llejo. No desean que nadie les pregunte nada sobre el particular.

--!Oh, no son las batallas lo que en realidad me interesa!.

--No. Sin duda le interesa la historia romántica de cada legionario, su pasado - Chonín lanzó una seca risita - No lo intente, señor Soto-grande. El pasado de los legionarios es sagrado, y no permiten que na-die venga a hurgar en él, y mucho menos un "paisano". ¿Ha oído hablar de la "fuerza legionaria"?.

El periodista alzó una mano con elegante ademán.

--¿Y quién no, señorita Chonín?.- dijo - !La fuerza legionaria!. --Eso hombres son llevados al planeta Dar Riffien y allí sometidos a un durísimo entrenamiento en el que no pocos dejan la piel. Los que --sobreviven pasan a formar parte de una raza especial, de una élite de superhombres dotados de una fuerza colosal, de unos reflejos relampa-gueantes... !Son nuestros mejores soldados, los destinados a las mi-siones más difíciles...!

De nuevo Chonín hubo de cortar la interminable verborrea del re-

portero.

--¿Se imagina usted lo que es una lucha cuerpo a cuerpo entre dos legionarios?.

--!Imagino que un combate de titanes! Golpes demoledores que harían desplomarse a un elefante, pero que no causan mella en los dos luchadores. Llves de lucha que hacen tensarse unos músculos sobrehumanos, y cruzar unos huesos indestructibles. La lucha de dos fuerzas opuestas de la naturaleza, de dos carros de combate animados...

--Nada de eso. - respondió Chonín - Cuando dos legionarios luchan entre sí, el combate no dura más de un segundo, por lo general. Un movimiento más rápido que la vista, un fuerte golpe... y un hombre se desploma por tierra, en ocasiones gravemente herido. Escúcheme, señor Sotogrande, en ese infierno de Dar Riffien los legionarios adquieren rapidez de reflejos y potencia muscular, pero nada ni nadie puede darles una resistencia corporal adecuada a esa potencia. Son vulnerables a sus propios golpes...

--¿Y eso a qué nos lleva?.- sonrió el periodista, sin comprender.

--La guerra rompe los nervios de los soldados, y los legionarios no son una excepción. Puede usted romper el equilibrio, despertar la violencia en uno de ellos. Y eso podría ser la muerte para usted, señor.

Hubo una pausa. Sotogrande parecía reflexionar acerca del peligro con que se le amenazaba.

--Hu-u-mm-mmm.- gruñó al fin - Tenía entendido que a los legionarios les estaba prohibido hacer uso de su poderío muscular sobre cualquier otro ciudadano de la Federación.

--Exacto.- asintió Chonín - Y también les está prohibido luchar entre sí, pero los hombres son hombres, y sus nervios están demasiado tensos. Puede que el legionario agresor fuera castigado, pero si usted muere, ¿le servirá eso de algo?.

"Le diré lo que puede hacer, señor. Puede elegir entre dos caminos Si interroga a un legionario sereno, éste no le dirá nada acerca de lo que usted desea saber. Pero si lo hace con uno que esté embriagado, entonces puede que consiga sacarle un reportaje, pero correrá el riesgo de que el alcohol le haga olvidar las reglas del juego, y salte de pronto sobre usted. Hágame caso y olvide ese fabuloso reportaje. Márchese ahora que aún puede.

El periodista maneó negativamente la cabeza.

--Señorita Chonín.- dijo seriamente - tal vez no me crea, pero he estado en lugares donde el precio de un reportaje podía ser la propia vida. En cierta ocasión quedé atrapado en medio de un bosque en llamas, asediado por los merodeadores de Xern. ¿Cree usted que esos bárbaros distingue un corresponsal de guerra de un combatiente? He navegado en buques de guerra, a veces en mitad de una batalla estelar, expuesto a convertirme en polvo cósmico sin tener siquiera tiempo de advertir lo que ocurría. He visto morir a hombres junto a mí, y a veces esas muertes no eran nada agradables de contemplar.

"Aprecio su aviso, señorita Chonín, pero... ¿puede llevarme hasta un legionario en estado de razonable embriaguez?

La cantinera, por toda respuesta, le señaló un rincón del establecimiento. Sotogrande se extrañó de no haber advertido la presencia de un hombre corpulento sentado ante una mesa, sólo ante una botella de "shirak" umbrelliano. Un hombre silencioso, vestido con el verde uniforme de instrucción de la Legión.

El periodista enarcó una ceja interrogativamente.

--Se llama Klem Aino Richter.- le informó Chonín - Suele venir por aquí, mientras sus compañeros duermen aún. Un pájaro raro. Si alguien tiene una historia que contar, ese es él.

--¿Qué historia?.

Chonín se encogió de hombros.

--Yo nunca pregunto nada a los clientes. Soy cantinera, no periodista. Creo que tuvo alguna diferencia con uno de sus compañeros en cierta ocasión, pero eso no explica nada. Ha sobrevivido dos campañas en Sagitario, y siempre que ha vuelto aquí se ha portado de la misma manera. Viene a la taberna algún día que otro, tal como hoy, y se emborracha en silencio, como si quisiera ahogar algo en su interior. Por lo general alguien viene a buscarle más tarde o más temprano. En cambio por la tarde, cuando esto está verdaderamente animado. lleno de grupos en todas las mesas, bebiendo y charlando... entonces no se le vé.

Sotogrande contempló calculadoramente el contenido de la botella que el legionario tenía ante él.

--Dentro de un momento se le terminará el alcohol, y vendrá a por más.- dijo como para sí mismo - Creo que éste es el momento preciso... Señorita Chonín, haga el favor de sacarme una botella igual a la que él tiene.

Chonín obedeció.

--Medio crédito. Tenga cuidado al tratar con él, no olvide que puede ser peligroso.

Sotogrande le guiñó un ojo e hizo el gesto de buena suerte con la mano derecha, mientras empujaba en la izquierda la botella. Se dirigió a la mesa del solitario bebedor.

--Buenos días, camarada.- dijo afablemente, sentándose a su lado - ¿Puedo tener el privilegio de invitarle a un trago?

El legionario le miró con turbio interés, como si no pudiera catalogarlo en lo que estimaba ser su mundo.

--¿quién eres tú?.- preguntó roncamente.

--Me llamo Antonio Alvaro de Sotogrande, pero puedes llamarme Tony.- respondió el periodista, aceptando el tuteo - Opino que es más agradable beber acompañado que hacerlo solo, y que en un lugar como éste todos podemos considerarnos como amigos.- Y sin esperar permiso, vertió parte del dorado líquido en el vaso del legionario.

--Bueno.- Dijo éste. Alzó el vaso, lo miró unos instantes y luego - lo vació de un solo trago.

Sotogrande paseó la mirada por los alrededores hasta descubrir --

una serie de vasos limpios situados en una especie de repisa. C cogió - el más próximo y lo colocó sobre la mesa, llenándolo de "shirak", al mismo tiempo que el de su nuevo amigo.

--Perdona si me meto en donde no me llaman, compañero, pero me pareció que tenías dificultades.- inició el ataque - ¿Puedo ayudarte en algo?.

El legionario le miró con ojos tórbidos, empañados por el alcohol ingerido.

--No puedes ayudarme, camarada.- negó - No hay nadie que pueda ayudarme.

--Nunca se sabe.- Sotogrande vació el vaso, haciendo con ello una estudiada pausa - ¿Cuál es tu problema?.

Se escuchó una sucesión de pequeños chasquidos. El periodista observó, no demasiado tranquilo, que los nudillos del legionario producían aquella sucesión de ruiditos al crispase sus manos sobre la mesa. Se preguntó si el estallido de furia al que aludiera Chonín no estaría a punto de descargar sobre él. No obstante, se acordó de poner disimuladamente en marcha su magnetofón portátil.

--Un cerdo.- Dijo el hombre uniformado - Hay un hombre al que odio más que nada en éste mundo. ¿Cómo no le he matado?! Contéstame! ¿Cómo no le he matado aún?.

El periodista prefirió no abrir la boca. Sabía que la ola de confidencias no tardaría en brotar.

--Hay algo que no comprendo.- vaciló el legionario - Nadie hizo jamás a otro hombre lo que ese hijo de perra de Emelián me ha hecho a mí. Y sin embargo hablo con él como ahora contigo, y le tengo por amigo. ¿Por qué? ¿Qué es lo que me ha hecho olvidar el daño que me causó?

Pareció querer atrapar en el aire una idea fugitiva.

--Alguien me lo explicó.- dijo - Hay una explicación en alguna parte. Pero... pero...- su mano agarró bruscamente la manga de su interlocutor - ¡No puede haber ninguna explicación! ¡El crimen se cometió, yo lo pude ver con mis propios ojos! ¿Qué es lo que podría... explicar...?

Sotogrande tragó saliva al notar la terrible fuerza del puño que había agarrado el tejido sobre su brazo. Fue entonces cuando el legionario pareció darse cuenta de la especial naturaleza del periodista.

--Amigo, tu no eres de la Legión del Espacio.- Exclamó con aire de extrañeza.

--No, no lo soy.- Respondió Sotogrande, pensando si aquello no podría costarle caro.

Pero el legionario no pareció enfurecerse. Después de unos momentos de duda, agarró la botella y llenó de nuevo los vasos.

--No has pasado entonces por Dar Riffien.- dijo como en conclusión- No sabes entonces lo que es el infierno. Dicen que allí los hombres cambian y se transforman en gente completamente distinta, gente que no se acuerda para nada de lo que dejó atrás, y que si se acuerda de ello no le importa... !Eso es la Legión, maldita sea!- vació el vaso

de un solo trago, casi con furia - Pero esos sabiondos que inventaron el sistema dejaron de pensar en una cosa... en sólo una condenada cosa.

Se volvió de pronto a Sotogrande, apretando los labios con un gesto de cólera.

--¿Y si lo que quieres olvidar está al otro lado de la barrera? ¿Y si lo que te atormenta ha sucedido "después de tu paso por Dar Riffim"? ¿Qué ocurre entonces?.

Sotogrande no respondió.

--Pues te diré lo que ocurre, amigo - continuó Richter - La cosa te persigue a donde quiera que vayas. Puedes olvidarla momentaneamente - si entras en combate, destripando Xerns y buscando que ellos no te des tripen. Puedes olvidarla cuando luchas, pero luego está otra vez allí, como si esperara a que terminara la batalla para apoderarse de tí una vez más. Puedes correr de un lado a otro del Universo, pero la cosa - siempre está contigo. ¡Necesitaría un millón de Dar Riffiens para -- acabar con ella!.

Quedó callado un momento. Sotogrande sintió que la curiosidad se la aguzaba, haciendo olvidar el riesgo de que aquel extraño suprehombre se volviera de repente contra él, para vengar en su persona aquel ignorado flagelo que le acosaba. Llenó de nuevo el vaso del legionario.

--¿Por qué tuvo que ser precisamente Emelián? - rugió Richter - Eramos como hermanos, juntos luchamos codo con codo en Ghad, y en Shiresma, y en el Asteroide del Diablo, donde los Xern no eran precisamente el peor de los enemigos... Y no puedo entender cómo seguimos siendo - compañeros... ¿Es posible que hayamos continuado luchando juntos en las últimas campañas, después de lo que pasó? ¿Cómo pude permanecer - un sólo segundo junto a él sin hacerle pedazos, sin abrirle en canal?

Sotogrande se arriesgó a interrumpir aquella serie de divagaciones buscando la revelación. Para su instinto periodístico aquel era el -- gran pez en el anzuelo del pescador, a punto de ser capturado, pero que aún puede escaparse con una postrera sacudida. Deseaba conocer -- aquella historia, conocerla por completo.

--¿Fue tan terrible lo que te hizo?.- Preguntó.

El legionario interrumpió sus excitadas palabras. Su cabeza se hundió sobre la mesa y por un momento quedó en silencio. Luego volvió a hablar, con una voz extraña en la que el periodista pudo captar una infinita desesperación.

--Fue en el planeta Vheram, allá en lo más profundo de Ophiuchus, - alumbrado por un gran sol verdoso. Había bosques allá, grandes bosques donde la guerra aún no había llegado, con ríos claros y anchos donde se podía nadar, y colinas cubiertas de vegetación. Ah, ella... ella...

Se interrumpió para coger el vaso, pero no llegó a beber de él. - Sus sentidos no advertían otra cosa que una lejana visión. El planeta que estaba describiendo, allá en lo más profundo de la temida constelación de Ophiuchus.

--Estábamos de descanso, tras los combates de Shiresma, donde habíamos tenido muchas bajas. Nuestro campamento había sido situado a ori-

llas de un río, donde la gente podía bañarse bajo la luz verde del sol. Descansábamos, sí, descansábamos de las fatigas pasadas.

Hizo una pausa y volvió a dejar el vaso en su sitio. Sotogrande creyó advertir que sus manos temblaban ligeramente.

--Ella era maravillosa.-- continuó el legionario, con una voz que -- apenas era un murmullo -- Habitaba cerca de nosotros, en el gran bosque, y su piel era tan blanca como la leche, aunque la luz de aquella estrella la hiciera parecer verdosa. Era una mujer y al mismo tiempo una niña. Reía y reía sin cesar, y su risa...

Su voz se quebró y dejó caer la cabeza hacia adelante. Con un movimiento convulsivo, llevó su mano izquierda a la boca y mordió fuertemente. Sotogrande no se atrevió a hablar ni a moverse.

Finalmente, la mano descendió de nuevo hasta posarse en la mesa, y el periodista pudo advertir las señales debidas a la presión de los dientes.

--Nos veíamos por las noches, en un lugar cercano a nuestro campamento. Había un estanque y una pequeña playa. Nadábamos a la luz de dos lunas, dos de igual tamaño, que aparecían entre las copas de los árboles. Y luego hacíamos el amor, desnudos sobre las arenas de la misma playa. ¡Oh, por Dios que me la hubiera llevado conmigo, o que me habría quedado para siempre con ella. Me hundía en ella, y ella se hundía en mí, y entonces nos transformábamos en un sólo ser. Era la mujer que me había sido destinada desde mi nacimiento, y yo era el -- hombre que le había sido destinado. Nos habíamos encontrado a través de madio Universo, y pensamos que nada ni nadie podría separarnos.

Sotogrande se sorprendió al escuchar un ronco sollozo. Pero en el instante siguiente, los dientes del legionario crujieron con terrible rabia.

--Emelián... Dios le maldiga... Emelián me debió seguir una noche, con un grupo de soldados. ¿Por qué tuvo que hacerlo?. Me envidiaba, no podía dejar de envidiarme a causa de ella. Porque ella estaba enamorada de mí, y nunca habría sido suya. ¡Emelián reunió un grupo de amigos para vengarse, y me siguieron en la noche!. No pude oírlos hasta que llegué a la pequeña playa en la que ella me esperaba, como todas las noches. Entonces...

Aspiró fuertemente con un ruido similar al de una fragua, mientras sus manos se crispaban de nuevo al evocar aquella escena de la que había hablado.

--Saltaron sobre mí antes de que pudiera hacer un movimiento de defensa. Eran tres... cuatro... O quizá cinco. No pude hacer nada contra ellos, por más que lo intenté, que luché y que grité. ¡He soñado una y otra vez con aquella noche, y nunca he olvidado aquellas manos que me sujetaban sin permitirme ningún movimiento! Y ella me llamaba... estaba aterrada. ¡Lloraba y me llamaba sin que yo pudiera acudir en su auxilio!. Vi a Emelián avanzar por la playa... aquella misma playa donde ella y yo habíamos sido tan felices. ¡Ella no huía, no se atrevía a moverse... no podía hacer sino gritar de terror, sino llamarme para que fuera en su ayuda!.

"La quemó!. La deshizo con su desintegrador, delante de mí, sin --

que pudiera evitarlo. Vi su cuerpo, que yo tanto quería, arder entre las llamas, desaparecer para siempre. ¿Por qué no tuve más fuerza en mis brazos, fuerza para soltarme, para vencerlos, para destrozarles a todos ellos?.

Richter no hablaba para Sotogrande ahora, sino para sí mismo, lanzando las palabras como proyectiles, con una ira y un despecho que cusaban temor en el periodista. Y de pronto, el rostro del legionario se retorció en una espantosa mueca de odio, y Sotogrande temió por su vida.

--!No pude matarle entonces, y después no lo hice... no puedo comprender por qué... cuando luchamos juntos en las últimas campañas contra los Xepn! ¡Pero ahora lo haré!..

Sus ojos centellearon como brasas, y al verle saltar en pie, Sotogrande comprendió de proto que aquella mirada estaba dirigida a algo que había tras sus espaldas. Volvióse rápidamente, para ver un grupo de tres legionarios que acababan de entrar en el local. Vio a Chonín indicando el lugar donde estaban ellos sentados, y en el mismo instante, algo semejante a un huracán cruzó junto a él, derribándolo junto con la silla en que estaba sentado.

--!!EMELIAN!!.

Vio a su compañero de mesa y bebida lanzarse como un bólido hacia el primero de los recién llegados, empuñando la botella como un arma ofensiva. El agredido, un legionario de gigantesca estatura, desorbitó los ojos en una mezcla de sorpresa y espanto.

Fue una visión relampagueante. Sotogrande tuvo ocasión de recordar lo que Chonín había dicho respecto a las peleas entre legionarios. Hubiera jurado que la botella de Richter había impactado en pleno cráneo de su adversario, pero no ocurrió así, y se dio cuenta de que el gigante habíase deslizado a un lado mientras su mano derecha describía un fulminante arco. Cayó por tierra Richter como un buey apuntillado, y la pelea terminó tan bruscamente como había comenzado.

--!Rápido!-- gritó el legionario recién llegado - ¡Chonín, ayúdanos a ponerle sobre el mostrador, completamente horizontal! Puede que se haya lesionado el cuello, maldita sea. ¿Por qué no nos avisaste?.

Sotogrande, incapaz de moverse, les vio cómo examinaban al abatido Richter. Pensó entonces que la rapidez del legionario embriagado no había podido ser tan grande como la de su rival, perfectamente sobrio. Aquello explicaba la derrota de Richter, aunque él no hubiera podido captar la diferencia entre los reflejos de ambos antagonistas. ¿Así pues, aquél era el odiso Emelián, el sádico asesino del planeta Vheram?.

El alto legionario lanzó un suspiro de alivio.

--No tiene nada, y pronto estará bien. No debiste dejarlo beber, Chonín. Eso siempre... - y se interrumpió.

Sus ojos se habían posado en Sotogrande. Frunció el ceño y avanzó de pronto hacia él, lenta y decididamente.

--¿Quién es usted? ¿Qué es lo que ha estado contando a Richter?.

Absurdamente, el periodista se puso en pie, enfrentando al gigante que le amenazaba, como si le hubiese sido posible luchar con él.

--Me llamo Antonio Alvaro de Sotogrande, y soy periodista.- dijo -- con toda la firmeza de que fue capaz - Era él el que me estaba contando una historia.

Esperó el fulminante ataque, pero éste no llegó. El gigante se detuvo, indeciso, y después su rostro se dulcificó.

--Comprendo.- dijo, y se sentó en la silla que Richter dejara vacante. Sotogrande se le quedó mirando sin decir una palabra.

--Soy Shakir Emelián.- se presentó el legionario - Supongo que Richter le hablaría de mí... de la historia del planeta Vheram. ¿No es cierto?.

--Lo hizo.- dijo secamente Sotogrande.

Emelián suspiró.

--Bien, ya que conoce una parte de lo ocurrido, mejor será que sepa la historia entera.

Se sirvió un vaso de licor y lo apuró lentamente, paladeándolo de forma muy distinta a como lo hiciera Richter.

--Habíamos luchado duramente en Shiresma, contra regimientos de especialistas Xern. No sé si lo dijo, pero Richter me salvó allí la vida, durante un ataque de blindados enemigos. Eramos uña y carne, como suele decirse, y siempre peleábamos uno al lado del otro.

"En fin, los que sobrevivimos a la campaña fuimos trasladados provisionalmente a Vheram, un planeta habitable por los humanos, aunque todavía no muy bien conocido. Esperábamos la llegada de una flota de transportes que trasladara todo el Tercio a Gondor, para ser empleado como reserva. En el intervalo descansábamos. El planeta era muy agradable, especialmente después de lo que habíamos pasado."

Fue en el segundo mes de nuestra estancia allí cuando empezaron a desaparecer hombres. No en mucha cantidad, pero desde luego sí en la suficiente para ponernos a todos en estado de alerta. Se hicieron expediciones de patrulla a los bosques, y en una de ellas... en fin, encontramos lo que quedaba de uno de los desaparecidos."

"Richter estaba conmigo en aquella patrulla, y se horrorizó tanto como yo, aunque los dos somos tipos duros y las hemos visto de todos los colores. Pero aquello era sadismo puro. Se habían encarnizado con aquel pobre soldado, haciéndole materialmente tiras mientras aún estaba vivo, y devorando luego la mayor parte de su cuerpo. ¿Va comprendiendo ahora?.

Sotogrande asintió, mientras palidecía a medida que iba asimilando la idea.

--Se prohibieron los paseos en solitario, y aún en pequeños grupos, pero los hombres seguían desapareciendo. Se deslizaban fuera del campamento, sorteando los centinelas y nunca más volvían. A veces eran los propios centinelas los que desaparecían en la noche. A veces oíamos sus gritos, muy lejanos. Otras veces nada, aunque algunos de los cuerpos mutilados fueron descubiertos más tarde por las patrullas. La gen

te empezaba a estar con los nervios en tensión, y se sucedieron los altercados y las peleas."

"Hasta que le tocó a Richter. Creo que tantos días de lucha como habíamos compartido en el pasado... bueno, llegaron a crear una especie de vínculo, algo telepático quizá. El caso es que me di cuenta de lo que ocurría cuando comenzó a arrastrarse en dirección al bosque. Reuní un grupo de legionarios y le seguí. Quizá debí haberlo detenido pero todos estábamos furiosos y queríamos llegar al final."

"Iba como hipnotizado, internándose cada vez más en el bosque, -- alumbrado por la luz de las dos lunas. No sé cuánto tiempo tardamos -- en llegar al lugar donde se hallaba el sugestionador. Una playa de -- arena sucia y revuelta, junto a un charco de agua estancada y malo--- liente. Y allí..."

"Imagínese al gusano, el milpiés más repugnante que haya visto ja más, mojado en grumos viscosos, agitando sus patas o tentáculos o lo que fuera... y oliendo a mil demonios podridos. ¡Del tamaño de un caballo y con una boca provista de cientos de dientes... y unas garras afiladas y brillantes! Y Richter avanzaba hacia aquel engendro, con -- la sonrisa en los labios y los brazos tendidos hacia delante..."

"Le sujetamos. ¡Cristo, cómo se debatía y chillaba, lanzándonos -- los más atroces insultos! Y yo destruí aquel maldito monstruo asquero so, lo quemé con mi desintegrador, hasta no dejar apenas rastro de él"

"Richter había enloquecido. Aquél demonio le había dominado com-- pletamente, no sé con qué truco infernal de hipnotismo. Le había llenado de recuerdos falsos, volviendo toda su mente al revés. Nos habla ba de una playa de blancas arenas y de un lago. Dijo haber estado -- allí todas las noches anteriores, y habló de una mujer maravillosamen te hermosa que le aguardaba. Gritaba y echaba espuma por la boca. Que ría matarme a mí, a toda costa."

"Poco a poco fuimos trayéndole a la razón. Le explicamos lo ocu-- rrido una y otra vez, y nuestros psiquiatras le aplicaron los más efi caces tratamientos. Comprendió, y algo más atrde formó parte de la pa trulla que encontró el segundo de aquellos espantosos gusanos telepá ticos. Nunca he visto una saña igual a la que Richter demostró al ani quilarse al monstruo. Disparaba y disparaba hasta que ya no hubo nada -- sobre lo que tirar, y aún entonces seguía utilizando su desintegrador una y otra vez..."

--Entonces... llegó a reponerse.-- musitó el periodista, impresiona-- do.

Emelián meneó la cabeza con desaliento.

--No del todo.-- dijo -- El recuerdo no le abandona, el falso recuer do imbuido en su mente por la del monstruo. A veces bebe para olvidar lo, y en ocasiones tan sólo consigue olvidar la realidad y dejar en -- su mente sólo la ficción. Entonces... bien, ya lo ha visto usted mis mo.

Sotogrande asintió sin pronunciar palabra.

--Bien, puede publicar lo que le parezca. Quizá su relato consiga -- que la gente de la Federación se de cuenta de lo que estamos pasando

en esa condenada frontera. Quizá comprendan que el Xern no es el único enemigo de nuestra raza... que todo el Universo se opone a nosotros de una forma u otra y que en ésta lucha todos los trucos y todas las monstruosidades están permitidas.

Alguien le llamó, y el legionario se puso en pie. Richter se había incorporado trabajosamente, ayudado por los otros legionarios.

—¿Otra vez?— preguntó con voz débil.

—Otra vez, pero no te preocupes.— le respondió Emelián — no ha ocurrido nada grave.

Se volvió de nuevo hacia Sotogrande para despedirse.

—Hará bien en marcharse ahora.— sugirió — No habrá más historias — para usted en Campo Retiro.

El periodista le vio alejarse, llegar hasta su amigo y ayudarlo a abandonar el local, sosteniéndole con ruda afabilidad por los brazos. Hubiera jurado que el otro sollozaba.

Quieta en el mostrador, la llamada Chonín contemplaba la escena — con ojos indiferentes. A Sotogrande le pareció estar contemplado a una legendaria Parca, vigilante de la humanidad, pero totalmente indiferente ante sus cuitas y dolores.

Muchas cosas había visto Chonín desde su mostrador, y muchas cosas más habría de ver mientras la interminable guerra continuase y las remesas de legionarios, diezmadas una y otra vez, continuaran exigiendo olvido embotellado en su taberna militar, igual a otros miles de establecimientos similares esparcidos por todo el Universo humano.

Miguel Pindado, al que creemos muchos de vosotros conoceréis, nos sorprende aquí con un relato que sin pretenderlo resulta de indudable actualidad. En su "Pasaporte a Balonia", el autor, partiendo de comportamientos reales y del presente que forman el mundillo que rodea al llamado "deporte rey" (que no rey de los deportes, como muchos piensan) consigue, distorsionando y acentuando estos hechos, una visión ciertamente cómica y casi esperpéntica de un mundo en el que el fútbol no es solamente rey de los deportes, sino de todo Balonia.

Por ello, y ahora que muchos nos sentimos rodeados y atrapados en medio de todo un mundial, es el mejor momento para leer "Pasaporte a Balonia". Adelante y... ¡buen fútbol!

PASAPORTE A BALONIA

©1986 MIGUEL PINDADO

El señor G.N.27.845.901 (G.N. veintisiete millones ochocientos -- cuarenta y cinco mil y pico...), ocupante del Estadio Español, Zona Eurasiática, planeta Balonia, entró en la Futbolía. Era una de las -- más grandes del N.U.1 (Núcleo Urbano 1).

--Buen Fútbol.-- saludó sonriente a la recepcionista.

--Buen Fútbol.-- le contestó la muchacha con cálida sonrisa también.

G.N.27.845 y pico pagó a la recepcionista, que lucía unas tranquilizadoras y sorprendentes mangas largas (en las Futbolías el ambiente era más fresco que en el exterior, donde reinaba un perpetuo y sofo-- cante verano), y ésta le entregó su tique, un cartoncito en forma de balón. ¡500 goles! ¡Cuánto había subido la entrada a las Futbolías!. Pero, ¿había algo que no subiese de precio en Balonia? El señor G.N. deleitó su vista durante breves segundos contemplando aquel pedazo de tía, sorprendiéndose una vez más al tener delante una chica completamente vestida (por más vueltas que le daba, nunca podía imaginarse -- que los hombres del Mundo Antiguo se pasaran la vida buscando mujeres desnudas, como si no hubieran descubierto el placer de admirar a una mujer vestida; ¿sería realmente cierto que existió algo llamado inviern

no" y que en ese misterioso período la gente llevaba mucha ropa encima?. Había tantas cosas enigmáticas sobre el Mundo Antiguo...)). La chica le guiñó un ojo y se tocó el pendiente derecho, un baloncito --plateado.

G.N. echó a andar hacia la futguía, mientras su nariz recibía el dulce y perfumado olor a Subestadio con el que estaban saneadas todas las Futbolías del mundo. El público entraba en aborregada fila india en los dos ascensores situados junto a la futguía. G.N. dedicó un fugaz vistazo al par de paneles indicadores. Notaba cómo sus nervios --disparaban proyectiles de escalofríos y eléctricas cosquillas sobre su indefenso estómago. El panel de la izquierda era un dorado cartel con letras de neón, las Tres Leyes Futbolianas, exhibidas obligatoriamente en todas las Futbolías, Subestadios, colegios y despachos:

PRIMERA LEY: EL FUTBOL DEBE SER ADORADO, RESPETADO Y PRACTICADO POR TODO SER HUMANO CON USO DE RAZON.

SEGUNDA LEY: EL FUTBOL DEBE SER RECONOCIDO COMO LA MAS PERFECTA Y GRANDIOSA FUENTE DE INCENTIVOS PARA EL CUERPO Y EL ALMA CREADA POR EL HOMO FUTBOLIANUS; TANTO EN SU ASPECTO ACTIVO COMO EN EL CONTEMPLATIVO.

TERCERA LEY: CUALQUIER SER HUMANO CON USO DE RAZON QUE NO RESPETE LAS LEYES ANTERIORES SERA CONSIDERADO PELIGROSO PARA NUESTRA SOCIEDAD Y POR CONSIGUIENTE MARGINADO SEGUN SE ESPECIFICA EN NUESTRO CODIGO FUTBOLIANO.

El cartel de la derecha era la futguía:

PLANTA 1: Futvideoteca en todos los idiomas. Archivo para consulta. Cámara anecoica para realización de multiquinielas.

PLANTA 2: Salón de conversación futbolística y sala de futele-video. Salón de conferencias.

PLANTA 3: Suite de reunión para Futbolistas, Directivos, Futcluberos, Fan-Fut y Fut-Media. Saloncito para entrega de premios.

PLANTA 4: Discoteca. Bar y cafetería. Instalaciones para Fútbol - Cilíndrico, Ingrávido, Circular y Eléctrico. Salón de Fútbol Lento para personas de edad.

PLANTA 5: Fut-museo de monedas, billetes y sellos con la imagen - de célebres Futbolistas. Futvideoteca infantil con orientadores (humanos y electrónicos) para estímulo y creación de Fans.

PLANTA 6: Centro de Psicofutest.

¡Allí!. Allí debía ir el señor G.N., a la Planta Seis. El Psicofutest era obligatorio para todas las personas mayores de catorce años y debía realizarse una vez cada trimestre, si uno quería seguir siendo digno ocupante de Balonia. Todos iban con gusto a realizarlo y nadie se lo saltaba (¡qué obscenidad!), pero los nervios no podían --

evitarse. Y el señor G.N. pertenecía al grupo de los nerviosos. De los muy nerviosos. Aunque siempre iba preparado al Psicofutest, en ésta - ocasión no había podido estudiar mucho. Trabajo, problemas familiares falta de concentración... El no era de los que sólo conectaban el Fut video la semana anterior al examen. Nunca fue un empollón en la época escolar, y no pensaba variar su conducta ahora. Siempre encontraba un ratito para repasar los Futvideos. Pero la memoria no es igual a los quince años que a los cuarenta. Una parte de su cerebro le decía que ser suspendido no era el fin del mundo, que un señor con una pesada - acumulación de suspensos a su espalda no tenía por qué ser catalogado como "mal practicante", o incluso como Antifut. Sin embargo, su estatus social, su reputación, su familia, sus compañeros y amigos... todo eso pesaba en la conciencia igual que un Subestadio cuando acudía al imprescindible chequeo trimestral.

G.N. entró en uno de los ascensores. Todo lleno de gente. Aunque su carga fue aligerándose a medida que ascendían, todavía quedaron -- tres señores con él cuando llegaron a la planta 6.

--Planta Sexta.-- anunció la señorita ascensorista - Psicofutest. Que tengan suerte.

La deliciosa sonrisa de la joven, su luminoso pelo y su casi mila grossa falda hasta las rodillas, decorada con balones de diversos tamaños, animaron a los cuatro caballeros al salir del ascensor. G.N. echó un vistazo a los otros tres. Uno era un chico de veinticinco años. -- Otro un señor de su edad, más o menos, y el tercero un tipo pequeñito y paliducho, de edad indefinible. G.N. estaba consumido por los nervios. Pero había que hacer efectivo aquel viejo refrán, inventado por ocupantes del Estadio Español en algún perdido momento de la Gloriosa Era Futboliana:

QUIEN EN EL FUTBOL MEDITA
TODOS SUS MALES EVITA

G.N. debía olvidar ahora que su hija de quince años se había roto dos costillas jugando un partido, o que su empresa estaba a punto de ir a la quiebra. Se restregaba las manos y paseaba la lengua por los labios. Su mano derecha jugueteaba dentro del bolsillo con una moneda de 35 goles que tenía la efigie de Santiago Bernabeu, aquel legendario Pionero cuya existencia transcurrió en el herético Mundo Antiguo, siendo admirado pero también odiado por no-practicantes sin escrúpulos.

El Centro de Psicofutest era una amplia habitación rectangular -- con paredes fluorescentes. Al fondo, en medio de la pared corta más alejada, había una puerta, el cuartito de Psicofutest propiamente dicho. Cómodos asientos se alineaban a lo largo y ancho del recinto. G. N. pudo ver a otros tres "aspirantes al Balón Blanco" sentados y contemplando las imágenes del Futvideo instalado en el único brazo del asiento. Eran pocas personas, entre ellas tres mujeres (una casi veinteañera). G.N. procuraba ir por las mañanas, aunque perdiera una hora de trabajo, ya que durante la tarde y la noche aquello se llenaba --- igual que un Subestadio y a sus nervios no les sentaba bien.

Se sentó y clavó los ojos en el Futvideo, tratando de concentrarse. Su cultura Futbolística giraba a modo de torbellino por todos los corredores y neuronas de su cerebro. Nombre, fechas, lugares, acontecimientos, rostros, todo ello formaba un laberinto del que no podía -

extraer nada concreto. El Futvideo sólo lograba ponerle más nervioso. Afortunadamente, no tendría que esperar mucho. El Psicofutest consistía en diez preguntas que abarcaban toda la historia del Fútbol Conocido. Había una minuta para responder cada una. A los tres fallos se quedaba suspendido, y por una ranura del Computest salía una tarjetita circular con el dibujo de un balón sobre fondo negro, los temidos y odiados Balones Negros. Si se aprobaba, el fondo era de color blanco, Balón Blanco, y el ocupante podía ir enseñándolo por las calles, hacer colección de tales trofeos y legar a sus hijos un hermoso y edificante conjunto de Balones Blancos. Los Balones Negros, igual que los Blancos, no podían destruirse, al menos de una forma fácil y cómoda. Estaban contruidos con una aleación de acero y diamante. Siempre quedaba el recurso de tirar el Balón Negro, pero los familiares y amigos preguntarían dónde estaba el resultado del test, y ante tan embarazosa situación lo mejor era enseñar la verdad, buena o mala.

La puerta del cuartito se corrió y salió un señor semicalvo, encorvado y arrastrando los pies. G.N. observó su rostro apesadumbrado. En la mano derecha llevaba un Balón Negro, aunque intentaba ocultarlo. ¡Un suspendido! ¡Vaya estímulo!. Volvió a poner los ojos en la pantalla, sin mirar. Juró por el Fútbol no prestar atención a las otras personas que entraban o salían, como había hecho siempre. Trató de recordar las preguntas del anterior Psicofutest, pero eso no le serviría. Tragó saliva. Sabía perfectamente que el Computest podía encontrar ramificaciones de cualquier tema futbolístico hasta el infinito, lo cual eliminaba casi absolutamente la posibilidad de un repetición. En sus veintiocho años de exámenes trimestrales, en sus ciento doce Psicofutest, jamás le habían hecho una misma pregunta dos veces. O quizá él no lo recordaba.

Giró su muñeca izquierda.

--Las doce, cuarenta y seis minutos, veinte segundos --anunció delicadamente Loli, como él llamaba a la vocecita femenina de su reloj.

En ese momento oyó otra voz de mujer.

--¡He aprobado!.

Una atractiva señora de treinta y tantos años alzaba orgullosa su brazo mostrando un Balón Blanco. Estos que presumían al salir le sacaban de quicio. Estaba convencido de que no lo hacían por animar sino por dar envidia.

G.N. se retorció en su asiento, mordiendo los labios. Sudaba, a pesar de la suave temperatura ambiental. Muchos enloquecían antes o después de los Psicofutest, aunque en Balonia volverse loco era corriente. Los locos son la vanguardia del progreso. Pero los de la Gloriosa Era Futboliana tenían más suerte que otros locos del pasado. Su terapia era el Fútbol.

Al fin les llegó el turno a él y a sus tres compañeros de ascensor. Habiendo entrado al unísono, se echó mano de la cordialidad para decidir quién pasaba (cuando la sala estaba repleta y se presentaba la misma situación, el propio Computest seleccionaba cronológicamente a los reunidos, atendiendo incluso a las milésimas de segundo; G.N. nunca había entendido por qué el Futgobierno no implantaba el mismo método en las consultas de los médicos). Los otros tres debieron ver

la cara de G.N., todo un inventario de nervios e impaciencia, y la piedad les impulsó a dejarle pasar primero. Dándoles las gracias, el ocupante-aspirante señor G.N.27.845 y pico entró en el cuarto del Computest.

La puerta se cerró tras él.

--Buen Fútbol.

G.N. oyó nuevamente la melodiosa y cantarina voz de mujer. En otras ocasiones, sobre todo en su época juvenil, aquella voz femenina le había excitado y estimulado. Llegó incluso a decirle al Computest algún que otro piropo, pero la máquina no estaba programada para tales pasatiempos humanos y él mismo llegaba a la conclusión de que hacía el ridículo. Ahora descubrió asombrado, que nunca había hablado con su esposa sobre cómo era la voz masculina que emitía el Computest cuando la examinada era una mujer.

En estos tiempos, las cosas eran diferentes para él. El test se le aparecía mocho más serio e importante. Tenía más nervios, más problemas. Menos alegría. Los domingos se quedaba afónico en el Subestadio animando a su equipo, El Divino de Hispania (antiguo Real Madrid) o aullando contra el árbitro. Así alcanzaba un poco de la absoluta Felicidad que el Buen Fútbol prodigaba entre sus fieles. Pero eso no parecía ser suficiente. Una extraña y enfermiza insatisfacción se adueñaba de su espíritu, incluso después de discutir con sus compañeros de trabajo las jugadas conflictivas.

--Buen Fútbol --la voz le salió a manera de graznido. Carraspeó y tragó saliva mientras se sentaba maquinalmente en el terapéutico sillón vibratorio, su rostro mostrando la típica expresión de gilipollas asustado. Trató de respirar lentamente, pero sólo logró contener la respiración más tiempo del aconsejable. Ante él, la blanca pantalla --del Computest, en mitad de la ya conocida columna plateada de dos metros que se alzaba del suelo al techo en el centro de la habitación, seguía parpadeando cuando hablaba.

--Bienvenido al Psicofutest. ¿Qué edad tiene usted?.

--Cuarenta y tr... tres.

--Tranquilo... Bien, entonces le corresponde el tipo B-2.

El mismo educado rollo desde hacía tres años. Nadie sabía qué demonios eran los "Tipos" ni sus divisiones, ni qué criterios seguían los Computest o sus programadores para asignarlos. G.N. sólo estaba seguro de que echaba de menos los exámenes "Tipo D1" que le hicieron desde los quince a los dieciocho años.

"Fútbol mío, ayúdame".

El Computest, la cálida voz de señorita locutora, inició el examen dulcemente:

--Atención... Primera pregunta. ¿Cuál fue el nombre de aquel jugador del Mundo antiguo cuyo rostro apareció ocupando la cabeza del denominado "Cristo de Dalí", iniciando la revolución que desembocaría en nuestra Gloriosa Era?.

G.N. tiritó de miedo y nervios mientras el tiempo comenzaba a tram

currir implacablemente, pese a que ésta era la clásica "pregunta facilonal", el amable comienzo del interrogatorio. La segunda cuestión siempre era imprevisible.

--Johan... Cruif --respondió al fin.

--Correcto. ¿Cómo se llamaba su esposa, que salió en la entonces llamada televisión anunciando una pintura?. Esta es la pregunta número dos.

¡Fútbol Santo! ¡No tenía ni idea! No había estudiado, no había estudiado...

Sonó el pitido.

--Sin respuesta. Un fallo. Pero tranquilo, ¿eh? Veamos. Tercera pregunta. ¿En qué año de Nuestra Gloriosa Era Futboliana se sustituyeron las antiguas verjas electrificadas del Mundo Antiguo por los actuales e indestructibles Electromuros Ironglass?

G.N. se removió en su asiento. Pensó si el sillón servía realmente para algo.

--Eso fue en... --apretó los labios. Notaba los latidos del corazón, como si tuviera un diminuto caballo galopando dentro de su pecho.... en el año Tres.

--Muuuy bien. Ya sabe. No se precipite. Piense tranquilamente antes de responder.

"Pensar tranquilamente! Y sólo me das un minuto, maldita puta electrónica".

Se llevó una protectora mano a los labios, tratando de ahuyentar la absurda idea de que el Computest pudiera haberle leído el pensamiento.

--Seguimos... Cuarta. ¿En qué Subestadio tuvo inesperadamente la regla la famosa capitana del equipo She-Devils, Kora Hot Body?

G.N. empezó a restregarse las manos de nuevo. Le gustaba el Fútbol femenino tanto o más que a cualquier ocupante del Estadio Hispánico, pero ese detalle nunca lo recordaba con facilidad. Era un nombre condenadamente difícil. Su agitada respiración parecía competir con el caballito pectoral en velocidad. Sintió una punzada en el estómago.

--Schip... Schippkenha... Schippkenhaunter... en el Estadio Alemán.

--¡Magnífico! Llega usted a la quinta pregunta... --G.N. creyó distinguir un inesperado todo en la exquisita voz. No pudo concretar su intención, pues su estado mental no le capacitaba en aquellos momentos para tales deducciones, pero hubiera jurado que la computadora se estaba burlando de él. ¿Cómo se llamó aquel Futbolista del Mundo Antiguo que se cortó el pelo al cero después de que su entrenador la hiciera la indicación de que se cortase un poco la melena?

El sudor formaba ahora gotitas en la frente del hombre. Su pecho palpitaba. Clavó su mirada en el suelo y cerró los ojos. Apretó los puños. Tragaba saliva a litros.

--Her... Horal... ¡Heraldo! --alzó violentamente la cabeza.

--Apellido, apellido -insistió la voz, dulce pero implacable- Vamos...todavía tiene tiempo...

Los oídos comenzaron a zumbarle mientras la propia habitación parecía convertirse en un tióvivo.

-Be... -un calambre en el pecho- ... Be... !Becerra!

-Cooooorrecto -animó el Computest- ¿En qué equipo estaba cuando esto sucedió? Sexta pregunta.

Otro golpe en su sistema nervioso. Pasó todo el minuto haciendo chocar una mandíbula contra la otra y llevando el ritmo con el pie derecho. Pitido. ¡Dos fallos! No podía recordar cuántos balones negros tenía acumulados ya en su casa, pero sí sabía que el número era superior al de los blancos. Su esposa y su hija, absolutas fanáticas del deporte-dios, se estremecían a veces lanzándole hirientes pullas sobre "el qué dirá la gente". ¡Fútbol Santo! ¿Le estaría abandonando la pasión? ¿Acabaría convirtiéndose en un no-practicante, uno de esos bichos raros a los que nadie quería dirigir la palabra, un marginado, un Antifut?

--Tranquilo, caballero... Séptima pregunta. Le recuerdo -la voz del Computest llevaba un suave pero de algún modo cruel tono sarcástico- que ya ha cometido usted dos errores... ¿Qué edad tenía el famoso y enérgico árbitro brasileño Fernando Villas Boas cuando fue castrado -por unos salvajes durante el encuentro Titatnes Negros de Sudáfrica-Sol Naciente de Tokyo?.

¡Asquerosa traidora! Todo el mundo sabía el nombre de aquel colegiado del Mundo Antiguo, el Subestadio y hasta el Núcleo Urbano donde aquello sucedió, ¡pero preguntar la edad del tío! Se mordió los nudillos de la mano derecha. Empezaba a notar el desagradable agotamiento general que provocaban sus nervios en todo el cuerpo. Si a su precaria situación laboral se unía la operación de la niña y ahora un Balón Negro, su futuro como padre, esposo, hombre e íntegro practicante de las Leyes Futbolianas, estaba condenado al fracaso. Cruzaba y descruzaba las piernas mientras buceaba en su archivo mental buscando la maldita cifra. Seguro que la había visto u oído en alguna parte de sus Futvideos.

-Le quedan veinticinco segundos...

Elevó el trasero del asiento y lo volvió a posar. Si no respondía, éste sería su tercer fallo. ¡Tercer fallo! ¡Balón Negro! ¡Suspense! ¡Inculto! ¡Mal ocupante del Estadio!

--Cuarenta... ¿y seis? -susurró en un hilito de su voz.

--Exacto -dijo el Computest- Octava pregunta. En que N.U. del Estadio Norteamericano jugó su primer encuentro el Equipo Homosexual Balón Rosado?

¡Ni idea! Mente en blanco. Octava pregunta. Dos fallos. Corazón aleteado. Sudor empapándole toda la ropa. Antes de que transcurriesen los sesenta segundos, el infarto llegó como una bendición. El corazón de G.N. dejó de latir y su tronco se inclinó hacia un lado.

--Ay,ay,ay, que nerviosos son algunos humanos -se lamentó el Computest con su adorable voz de mujer.

Una luz roja encendi6se en alg6n lugar de la Futbolfa, y a los pocos segundos dos empleados vestidos con sendos monos azules sobre los cuales podfa verse la insignia del Servicio Necrol6gico, un Bal6n Rojo, entraron en el cuarto por una disimulada compuerta y se llevaron el cad6ver del se6or G.N. Lo hicieron de forma correcta y limpia. Ya estaban acostumbrados. Los Necrol6gicos eran unos funcionarios muy bien pagados en las Futbolfas. Un servicio importante, pues las crisis cardiacas se presentaban con frecuencia.

Ahora, mientras la voz del Computest se ofa en el exterior dici6ndo "el siguiente, por favor", en su mejor tono neutro, los mecanismos del C6digo Futboliano ya se estaban poniendo en marcha para encargarse de las diligencias. El cuerpo del difunto serfa incinerado en los s6tanos del edificio, y sus cenizas encerradas en un bal6n dorado de tama6o natural que el Servicio Necrol6gico entregarfa a la familia. Un ocupante menos. Balonia procuraba disminuir su monstruosa poblaci6n utilizando el efectivo m6todo del infarto en Subestadios y Futbolfas.

El ocupante G.N.27.845.901 dej6 de ocupar sitio. Se lo habfa buscado. Si hubiera estudiado un poco m6s...

Evidentemente, Nila no deja de deber mucho a autores como Bradbury y sus Crónicas Marcianas o Clark y 2001, el autor no intenta negarlo y confiesa su admiración por ambos maestros, nos pide quizás por esa misma admiración que no hagamos comparaciones en las que siempre saldría -- perdiendo.

Sin embargo nosotros pensamos que el relato que os presentamos no desmerece, salvando las distancias por supuesto, en la comparación.

Aquí os lo ofrecemos cerrando este nuestro primer número para que vosotros mismos juzguéis.

NILA

©1982 MIGUEL PINDADO

Te conocí, Nila, mucho tiempo después de que fueras traída a nuestro mundo. Empecé a saber los detalles posteriormente, lo cual acrecentó mi interés por tí. Eres enigmática, Nila, exótica, agradable. Posiblemente seas el misterio más hermoso que ha conocido la ciencia humana.

Ahora te tengo aquí, en el Instituto, bonita y sonriente, como siempre. Espero poder comunicarme contigo de una forma más provechosa -- que al principio. Eres un maravilloso desafío a mis poderes. Sospecho que tienes más que yo y que estás esperando el momento adecuado para ejercitarlos. Tal vez, hasta ahora, has estado simplemente jugando con nosotros. Jugando. Sí, es posible. Quizá eres sólo una niña traviesa que se divierte desconcertando a los mejores científicos del Planeta Madre.

La forma en que llegaste a la Tierra fue ya bastante extraña. El profesor Noel Brendel, botánico y naturalista, se encontraba en el planeta Alkivan haciendo sus experimentos. Alkivan es el cuarto planeta de la estrella Ciris-B, situada a cinco parsecs de la Tierra. Es un mundo que está floreciendo, no posee vida animal, salvo algunos pequeños seres marinos, y sus habitantes son los representantes del Reino Vegetal. Alkivan es lo que fue el Planeta Madre hace varios millones de años, un mundo joven, en formación, con una tenue atmósfera que puede ser respirada sin mucha dificultad. El profesor Brendel debía encontrarse allí como en el paraíso, lejos de los poblados mundos civilizados, lejos de todas las humanidades desprendidas de la Madre Tierra, inclinados durante horas sobre extrañas flores de pétalos rojos, amarillos verdes y azules. Yo sólo estuve en Alkivan una vez, pero fue suficiente para impregnarme de toda su belleza. Sus mares son limpios, cristalinos. El agua es pura y frasca. El silencio sólo es quebrado a veces por tenues y cariñosas ráfagas de viento.

Brendel estaba solo. Según supe hace tiempo, es un hombre solitario y abstraído, bajo y rechoncho, posiblemente el mejor botánico de

la Galaxia. Su nave descansaba a orillas de uno de los océanos alkivanos junto a su pequeño laboratorio individual, montado en unos pocos minutos. Aquel día, el científico estaba explorando los alrededores de su campamento, sentado sobre su pequeño y silencioso flotador, que le llevaba lentamente de un lado a otro.

Brendel descubrió un extraño bosque, no lejos del laboratorio. No pensaba encontrar plantas muy desarrolladas en el planeta, pero ante él se alzaba aquel bosque de árboles diminutos y estilizados. El lugar no era muy grande y desde el aire podía abarcarse fácilmente con la vista. El botánico hizo descender su flotador en medio del bosque y saltó al suelo, mirando nerviosamente a todos los puntos cardinales, llevando en sus manos todos los instrumentos necesarios para medir, analizar, fotografiar y clasificar los seres vegetales que le rodeaban. Los árboles medían sólo un metro con pocos centímetros y sus troncos eran de color rosáceo. No tenían ningún tipo de ramas, ni siquiera la más leve protuberancia. La corteza era húmeda y fresca y daba todo el aspecto de una enorme e insólita golosina infantil. Las copas estaban formadas por hojas redondas de color azul verdoso, que colgaban de unos tenues filamentos curvados ligeramente hacia abajo, cuyo color era casi indescifrable, un mezclado amarillo, verde y azul claro. El aire traía agradables ráfagas de olores vegetales, una infinita gama de aromas que quizá emenaban de aquellos caprichosos troncos, o de aquellas caprichosas copas. La amarillenta luz de Ciris-B caía mansamente sobre el extraño visitante y los árboles que debían la vida a sus rayos.

Brendel estaba sorprendido. Su mente de botánico trabajaba rápidamente, captando, registrando. El sabio tocó los troncos, deslizó sus dedos por la pintoresca materia rosada, se los llevó a la boca y su lengua le transmitió un irresistible sabor dulzón, entre la miel y el azúcar. ¡Oh, se dijo, nunca encontré árboles tan sabrosos! Las hojas redondas poseían un filo suave y acariciante. El científico metió la nariz entre los filamentos y aspiró tantas veces como pudo aquellos olores embriagadores. Se sentía en paz con el Universo. Estaba satisfecho con su descubrimiento.

Pero lo que vio unos instantes después, al avanzar por entre los diminutos arbolillos, estuvo a punto de quebrar su razón. Ante él, a sus pies, había un cuerpo humano, tendido sobre la incipiente hierba verde de Alkivan.

Brendel se detuvo en seco. Algunos aparatos se le cayeron de las manos. Imagino ahora lo que debió sentir el pobre hombre. Fue el primer ser humano que te vió, Nila. Se acercó a tu cuerpo con pasos inseguros y comprobó que eras una muchacha, dormida, muerta o inconsciente, totalmente desnuda, de piel azul y cabellos blancos. El científico permaneció de pie ante tí durante un minuto entero, sin moverse, con la boca abierta. En su mente se estaba desencadenando ya la más dura batalla que haya tenido que afrontar el cerebro humano, la lucha entre la lógica humana y la evidencia inexplicable. La razón diciendo que es imposible y los ojos transmitiendo tercamente al cerebro la imagen de algo que no debería estar ahí. Luego, el sabio se agachó y acercó su cara a la tuya. Frunció el ceño y se restregó los ojos. ¿Acaso los dulces aromas de aquel bosque mágico le estaban haciendo ver visiones? Extendió una mano temblorosa y tocó tu barbilla con el dedo índice. La piel azul estaba caliente. Era tersa y suave. Era real.

¿Cómo fue que al sobrevolar el bosque no había reparado en aquel ser tumbado en la hierba? Quizá tu piel azul te hizo pasar desapercibida. O tal vez llegaste después, sin que ninguno de los dos notase la presencia del otro. Brendel dió un respingo y estuvo a punto de caerse de espaldas. La magnitud de su descubrimiento la alcanzó plenamente con toda su intensidad. ¡Un ser humanoide! ¡Un ser EXTRAHUMANO! Miró de nuevo a tu cuerpo inmóvil y se convenció de que eras una muchacha. No podía haber duda con respecto a eso. El sabio dió unos cortos pasos a tu alrededor. Tus senos se movían casi imperceptiblemente. Respirabas. Estabas viva. Tu cuerpo permanecía tumbado del lado derecho, la pierna derecha extendida y la izquierda flexionada sobre ella, el brazo izquierdo descansando encima del vientre y el derecho doblado a la altura del pecho, con la mano casi acariciando tu cara. Una postura de descanso, de reposo. Debías estar dormida.

Brendel miró a los árboles, a sus queridos árboles, como pidiendo ayuda. Pero los árboles no le respondieron. Ellos no sabían nada de tí, Nila. El botánico volvió a mirarte. Luego alzó sus ojos hacia el sol lejano, hacia las nubes, hacia el horizonte teñido del azul del mar. ¿Podía aquella muchacha ser un habitante de Alkivar? No, no, no puede ser, es absurdo, se repetía el sabio una y otra vez. Entonces, si yo no me he vuelto loco, ¿de dónde ha salido esta criatura?.

Brendel te miró de nuevo. No podías pertenecer a la familia humana. Tu piel era azul, tu pelo albino, plateado. Pero, en nombre del Orden Cósmico, ¿de dónde venías? Alkivar está deshabitado. El ser humano no ha encontrado vida inteligente en ningún mundo de la Galaxia desde que emprendió su expansión. Sólo hemos hallado vida vegetal y animal, en muy diversos grados de desarrollo, y antiquísimos vestigios de lo que debieron ser tres civilizaciones humanoides desaparecidas hace millones de años. Por consiguiente, tú debías ser extragaláctica. Quizá procedías de una civilización de otra galaxia lo suficientemente desarrollada como para alcanzar la nuestra sin que nos diéramos cuenta. Puede que tú no lo sepas, Nila, pero esa idea es difícil de aceptar. De existir civilizaciones así en las galaxias cercanas a la nuestra, ya deberíamos haber recibido alguna señal de su presencia, algún indicio, algún mensaje remoto. Indudablemente, debe haber otras civilizaciones en este vasto universo, pero o bien se encuentran en un nivel tecnológico semejante al nuestro, o bien estamos separados de ellas por distancias inimaginables. O, incluso puede existir una tercera posibilidad: que están tan inmensamente desarrolladas que sean incapaces de entrar en contacto con nuestras pobres y pequeñas mentes. ¿En cuál de estas tres hipótesis encajas tú, Nila? Supongamos que aquel angustiado botánico debía estar haciéndose esa misma pregunta, aunque no entrase en el terreno de su especialidad.

Brendel se rascó la frente. No sabía que hacer. Creo que si yo me hubiese encontrado en una situación semejante habría reaccionado con la misma indecisión. Nadie en la Galaxia está preparado para toparse de bruces con un ser extrahumano. Sencillamente, al no encontrar a ninguna otra raza inteligente viva, el ser humano ha perdido la esperanza de tener contacto con otros seres. La familia humana se ha limitado a tomar posesión de la Galaxia sin el más ligero pensamiento de compartirla con nadie.

Y ahora... El Profesor Brendel no se atrevía a tocarte otra vez. El ya había digerido la sorpresa, aunque no del todo. Pero tú podías atterrizarte al verle a él. ¿Qué leyes existían para regular el comportamien-

to de un ser humano ante una criatura inteligente desconocida? ¿Quién - había previsto ese acontecimiento? El científico se alejó unos pasos, re cogió sus instrumentos caídos y emprendió la marcha hacia el flotador. Volvió la cabeza un par de veces, esperando y temiendo que aquel misterioso angel azul despertase. Pero tú permanecías en la misma postura, - dormida, relajada, en esa profunda y silenciosa quietud del sueño infantil. Seguías ajena al mundo que te rodeaba. Brendel pensó entonces que despertarte, además de producirte pánico, hubiera quebrado esa celestial paz que disfrutabas. Siguió andando lentamente, olvidando ya por completo su interés por el diminuto bosque de árboles dulces, sus ojos buscan do ansiosamente el flotador.

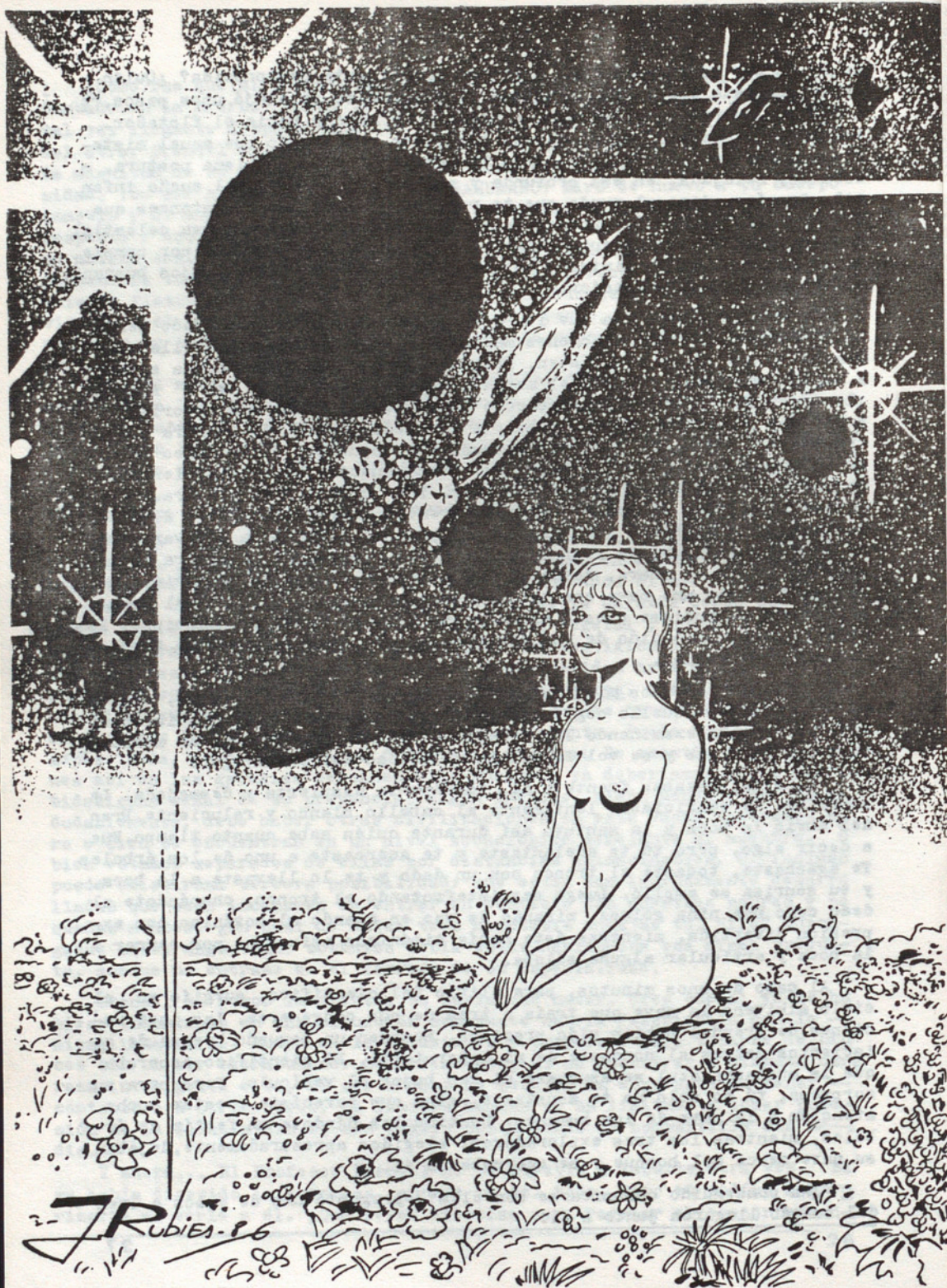
Ya había decidido lo que iba a hacer. Enviaría un apresurado mensaje al Control de Comunicaciones más cercano, la Estación Estrella Sol Cuatro, y que ellos decidiesen. Brendel llevó el flotador hasta su nave a máxima velocidad y envió el mensaje, dando su posición en Alkivar. ¿Le creerían? El se identificó como Noel Brendel, toda una autoridad científica, lo cual debió contribuir a la credibilidad. En la hora que - transcurrió hasta que llegó el mensaje de respuesta, el botánico estuvo en el bosque, a tu lado, filmándote, estudiándote, como si hubieras sido una de sus queridas flores exóticas. Y en cierto modo así era. No variaste tu postura en ningún momento. Brendel quería asegurarse de que - continuases allí hasta que otros seres humanos llegasen a Alkivar. Cuando volvió a su nave, la respuesta fue corta y precisa: la Tierra había sido informada, y ahora, desde el más cercano planeta del Imperio, Auno, estaba viniendo una nave con tres hombres para examinarte. Si el bueno de Brendel se hubiese puesto en contacto conmigo desde el principio, las cosas hubieran sucedido de muy distinta manera. Pero el destino tiene - sus propios caminos.

Faltaban sólo unos minutos para que llegase la nave de Auno, cuando tú despertaste. Aquello cogió a Brendel por sorpresa. El ocupadísimo científico estaba examinando los árboles con sabor a miel. Oyó un movimiento a sus espaldas y se volvió con la velocidad del relámpago.

Tú, Nila, estabas frente a él, totalmente despierta y despejada. Le sonreías. Te acariciabas lentamente el cabello blanco y reluciente. Brendel abrió la boca y la mantuvo así durante quien sabe cuánto tiempo. Fue a decir algo, pero tú te adelantaste y te acercaste a uno de los árboles. Te agachaste, tocaste el tronco con un dedo y te lo llevaste a la boca, y tu sonrisa se amplió. Luego seguiste frotando el tronco, chupándote el dedo como una niña golosa, mirando de vez en cuando al botánico con expresión divertida, mientras éste hacía titánicos esfuerzos por cerrar - la boca y articular alguna sílaba.

Al cabo de unos minutos, para alivio del científico, surgió en el cielo alkivano la nave que traía a tres de sus congéneres. Las instrucciones de Brendel habían sido precisas. Busquen un pequeño bosque de seiscientos metros al noroeste de mi laboratorio. El científico esperaba que la muchacha azul se asustase al ver bajar el vehículo. Pero para su sorpresa, tú no solo no te asustaste, sino que pareciste prestar mucha atención a la nave de los humanos. Continuabas dándote un festín de árboles, mientras los tres exploradores, elegidos apresuradamente, dejaban su nave cerca del bosque y se acercaban a él.

-¿Ha conseguido comunicarse con ella? -preguntó uno de ellos a Brendel cuando llegaron junto a él.



7 RUBIES - 86

-Todavía no -contestó el botánico sin apartar los ojos de tí- No ha dicho nada aún.

Los cuatro se te quedaron mirando. Al fin, el capitán de la expedición se acercó a tí y te preguntó, en nuestro Unidioma:

-¿Quién eres? ¿De dónde vienes?

Tú le miraste, sonriendo, pero no le contestaste. Te limitaste a indicarle, con gestos de tus manos, que rascase el tronco y se chupase el dedo. El capitán miró a los otros.

-Estos árboles tienen un sabor delicioso -explicó muy seriamente el profesor Brendel.

-Y ella parece haberse dado cuenta -dijo otro explorador.

-Es raro -murmuró Brendel como para sí mismo- Lo primero que hizo -al despertarse fue venir a chupar los árboles. Es como si conociese su sabor.

Siguieron luego una serie de infructuosas tentativas para entablar conversación contigo por parte de Brendel y los tres viajeros. Todo inútil. O eras muda o no conocías ningún lenguaje.

El capitán reclamó tu atención poniendo una mano sobre tu hombro -azul. Trató de explicarte por señas, que habían venido del cielo en el objeto posado fuera del bosque y que deseaban que tú te fueras con ellos hacia él. El hombre te sonrió y tú le devolviste la sonrisa. Luego, como si hubieses comprendido perfectamente las intenciones de los humanos, te incorporaste ágilmente y echaste a andar hacia la astronave.

Los cuatro hombres estaban demasiado asombrados por tu inmediata docilidad como para decir algo. Llegaste hasta la nave dando pequeños saltitos retocándote tu delicioso cabello de plata. Parecías dispuesta a participar en un juego. Subiste por la rampa y fuiste la primera en regresar al navío.

Brendel explicó a los otros sus intenciones de quedarse en Alkivar hasta completar sus experimentos, pero les dio las películas que había tomado de tí. Les dijo también que, en cuanto abandonas el joven mundo, redactaría un informe completo de su encuentro contigo. A estas alturas, el profesor Brendel ya se habrá dado cuenta de que acaba de pasar a la Historia, pero no precisamente por sus conocimientos de botánica.

Unos minutos después, el doctor Noel Brendel volvió a quedarse solo sobre la superficie del planeta, haciéndose miles de preguntas sin respuesta, y contemplando con cierta tristeza el pequeño punto negro que se alejaba.

Fuiste llevada a Auno, Nila, la primera etapa de tu viaje a la Tierra. Durante el trayecto, el capitán te ofreció unas ropas para que te vistieras, pero tu no entendiste los gestos del hombre. Este tuvo que señalarse su propio uniforme, luego apuntó con su dedo al traje que te daba y por último te señaló a tí. Tu cara reflejó pasmo, pero cogiste el traje y te pusiste a olerlo muy atentamente. Parecía gustarte el olor. Después se lo devolviste sonriendo al capitán. El oficial enarcó las cejas y, rechazando mentalmente por completo la idea de ponerte él mismo el uniforme, hizo un gesto de despedida y se fue.

En Auno ya te estaban esperando varios científicos, pero el Gobierno

Imperial de la Tierra se mostraba impaciente por conocer a la extraña visitante. Te convertiste en el centro de atención de los aunitas. Antes de organizar el viaje a la Tierra, fuiste abundantemente observada, fotografiada y filmada en Auno. Afortunadamente, el equipo científico que te tomó a su cargo no te dejaba sola ni un momento. Los sabios tuvieron que llamar a unas mujeres para que vistieran a la muchacha azul. Pero — tú no parecías tener la más mínima necesidad de llevar ropa encima, soportabas cualquier temperatura o ambiente. Fue en ese momento cuando — mostraste la que, hasta ahora, ha sido tu única reacción de enojo o rebeldía. Cuando las mujeres te vestían, tú te quitabas rápidamente la ropa y tus blancas cejas se fruncían. Seguías sin decir una palabra, pero tus gestos eran suficientemente elocuentes. No querías vestirme. Las mujeres de Auno lo intentaron varias veces, pero tú las rechazabas a ellas y a los vestidos con fuertes manotazos. Tuvieron que rendirse. Visitarías el Planeta Madre completamente desnuda.

Y así, al cabo de unos meses, nuestra encantadora joven azul llegó a la Tierra, el centro del Imperio, la Capital de la Galaxia. Tu foto dió rápidamente la vuelta al mundo, y tu imagen fue difundida por todo el Sistema Solar. Una extragaláctica, decían unos. Una estrahumana, decían otros. Un truco publicitario, la propaganda de una próxima Cosmovisión de varios miles de tarjetas de presupuesto, aventuraban los más estúpidos.

El gigantes dirigible Jovianus, Centro de Estudios Biológicos y Psíquicos, que circunvala el Planeta Madre lentamente, fue tu hogar, Nila, durante mucho tiempo. El equipo científico a las órdenes del doctor Octavius Draken continuó los estudios realizados por los aunitas. Pero ni los médicos, ni los biólogos, ni los psiquiatras de uno u otro planeta, consiguieron lo realmente importante: hablar contigo. En Auno comprobaron tus cuerdas vocales están perfectamente, así que tu silencio no era debido a defectos físicos. Sólo entendías el lenguaje de los gestos, no el Idioma ni ninguna otra lengua. Draken llegó a la conclusión de que tú nunca habías oído la voz humana ni posiblemente ningún otro tipo de voz. Tu garganta debe ser algo desconocido para tí misma, un regalo de la Naturaleza que tú nunca has utilizado ni utilizarás.

Fue el profesor Draken quien te bautizó con tu nombre, Nila. Los científicos necesitaban dirigirse a tí por un nombre, detalle elemental — para comunicarse con un ser medianamente inteligente. Nila había sido — la denominación asignada a la Supernova del año 6405, del antiguo calendario Gregoriano, la más brillante de cuantas habían sido observadas desde la Tierra. Draken supo elegir bien el nombre. Si aquella Supernova — causó sensación en todos los mundos civilizados, la Nila de ahora la estaba causando muchísimo más.

Te adaptaste rápidamente a tu nombre. Si habías tenido otro antes, pareciste olvidarlo completamente. Siempre que se te llamaba, atendías con prontitud y amabilidad, Pero el gran misterio seguía sin esclarecerse. ¿Quién eres, Nila? ¿De dónde vienes? ¿Cómo has llegado?.

El planeta Alkivar, lugar donde apareciste por primera vez para nosotros, fue objeto de unos repentinos y concienzudos análisis. Pero todo en vano. El astro no contenía más vida que la vegetal y ciertos animales marinos casi microscópicos. Nada que pudiese explicar la súbita aparición de la joven azul en su superficie. Tú, Nila no procedes de Al

kivan. Habías llegado o te habían llevado allí de forma misteriosa. No —
kivan. Habías llegado o te habían llevado allí de forma misteriosa. No —
se encontró ninguna astronave ni cerca ni lejos de la zona donde Brendel
te halló.

Entretanto, tú, la chica de la piel azul, ibas y venías por los pasi-
llos y dependencias del "Jovianus" con entera libertad. El doctor Draken
lo dispuso así, quizá para demostrarte que no estabas prisionera, sino —
que eras una simple invitada. Los médicos y enfermeras del enorme dirigi-
ble científico no tardaron en acostumbrarse a verte sin vestidos. Tal vez
el color de tu piel mitigaba un poco el desacostumbrado hecho de atener
entre ellos a un huésped que no llevaba ropas. Por supuesto, como pronto
descubrieron Draken y su gente, en esa actitud tuya no había, ni hay, nin
gún toque erótico. Simplemente, es tu forma natural de estar. Estoy segu
ro de que cuando nosotros, los complicados seres humanos, dejemos defini-
tivamente atrás ciertos prejuicios, también desvestiremos nuestros cuer-
pos.

Aunque tú no te dabas cuenta, tus pasos eran siempre seguidos y fil-
mados. Cuando te metías a curiosear en las cocinas, las Salas de Diálogo
las Cosmovisiones, las habitaciones y los laboratorios, Draken y sus co-
legas te observaban atentamente. Tu comportamiento era totalmente civili-
zado e inteligente. Tus maneras suaves y agradables. Jamás molestaste a
nadie. Te limitabas a mirar con cierta curiosidad, aunque nunca posabas
tus ojos mucho tiempo en un mismo objeto o persona. Comías poco y eras —
estrictamente vegetariana. Devorabas las naranjas y te volvías loca por
los dulces. Draken había leído el informe del doctor Brendel sobre el —
episodio de los árboles alkivanos, y procuraba obsequiarte con todas las
golosinas que podía. Pero no consiguió que tu boca emitiese sonido algu-
no. Tú no hablabas, al menos como lo hacemos nosotros, con la garganta.
Y si no hablabas no podías explicar el cómo, el cuándo y el por qué de
tu aparición, si es que tú misma lo sabías.

La comunidad científica del Planeta Madre empezó a lanzar intrigadas
e impacientes preguntas a los responsables del "Jovianus". Y éstos no po-
dían responder nada en concreto, salvo los meros detalles físicos y bio-
lógicos: eres de pequeña estatura, tienes la apariencia de una jovencita
de catorce o quince años, tu piel es de un agradable tono azul celeste,
el pelo blanco, brillante, tanto en la cabeza como en las axilas, el pu-
bis y las pestañas, los ojos verdes y algo alargados, recordando a los —
de los gatos, tus uñas poseen una tonalidad rosada más intensa que la de
las humanas, tu salud es excelente y tu metabolismo completamente humano
tus sentidos están muy desarrollados, sobre todo el gusto y la vista (Pue-
des ver en la oscuridad con toda perfección), duermes profundamente y —
sólo bebes agua o licores dulzones, las plantas de tus pies y las palmas
de tus manos poseen una suavidad fuera de lo corriente (esto indicaría
que apenas las has usado), tu piel no tiene ningún tipo de arruga, ni en
la frente ni en los dedos, ni en las palmas de las manos, ni en los co-
dos... parece recién estrenada. Y no tienes huellas dactilares.

Salvo por algunas leves diferencias, eres casi completamente humana,
Nila. Superaste sin dificultad todas las pruebas psicológicas que se te
hicieron, con lo cual demostraste que tu cerebro funciona perfectamente.
Pero no hablabas. Ni siquiera te molestabas en imitar a los médicos cuan-
do éstos emitían fáciles y cortos sonidos para que tú los repitieses. Les
mirabas divertida y sonreías. Sonreías. Tu sonrisa era muy conocida en
la Tierra, el Sistema Solar y casi todos los planetas del Impario. Aque-

lla pequeña muchacha de piel azul era ya toda una celebridad.

Pero no a todo el mundo le agradaba tu sonrisa ni tu presencia. Algunos miembros del Gobierno Imperial empezaron a preocuparse y a ponerse nerviosos. Pensaban que podías ser una amenaza. Decían que se había puesto excesiva amabilidad y confianza en el trato contigo, cuando en realidad, bajo aquella apariencia angelical y sumisa, podías ser un ser peligroso. Aquellos señores estaban en su derecho de pensar así, por supuesto. Cualquier acontecimiento que la poderosa civilización humana no pueda controlar y manejar por completo, siembra rápidamente el recelo y la inquietud. Según ellos, tú, pequeña Nila, podías ser una espía perteneciente a alguna considerable civilización extragaláctica, que se estaba preparando para atacar al Imperio Humano. O un arma desconocida y terrible que en cualquier momento se pondría en marcha. Y además, estabas en la Tierra, el centro mismo de la Comunidad Galáctica Humana. ¡Oh, Nila! ¿Cómo podría explicarte yo hasta qué punto podemos ser estúpidos los seres humanos?.

Draken recibió órdenes de vigilarte más concienzudamente. Ya no podrías pasear libremente por el interior del flotante Centro de Estudios Biológicos. También llegaron órdenes de acelerar las investigaciones y de averiguar de una vez por todas quién o qué eras. Algunos estaban molestos por el hecho de tener ante sus mismas narices un fenómeno inexplicable. ¿Cómo podía consentirse que la infalible Ciencia Humana fracasase al tratar de averiguar el origen de una simple muchacha?.

El doctor Draken empezó a preocuparse. Ya habían pasado cuatro meses desde que te vió por primera vez y, prácticamente, estaban como al principio. Tu hermoso rostro azul se quedó grabado en su mente, día y noche. Lo había intentado todo para comunicarse contigo. Todo tipo de gestos, lenguajes, símbolos. Ningún resultado. Tú les mirabas, sonreías, tocabas, oías, escuchabas. Pero no podías o no querías explicar tu origen.

Y entonces, el profesor Octavius Draken me llamó a mí. Yo soy Ken Castelian, Psíquico y Mentalista. Domino el arte de la telepatía y soy director del Instituto Mental, en la ciudad de Oribis, aquí en la Tierra. Tengo el pelo rizado y de color castaño. Quienes me conocen bien dicen que mis ojos tiene un tamaño superior al normal, y que mis negras pupilas se adhieren a la piel de mis semejantes cuando les miro. Dicen que mis ojos transmiten serenidad e inquietud al mismo tiempo, aunque yo no me lo proponga. Mi estatura es inferior al promedio, mi cuerpo delgado y musculoso, y mi rostro alargado y enjuto. Soy bastante joven, ya que todavía me queda mucho para llegar a la Primera Regeneración. Y además voy a ordenar a mi mente que tenga bien controlado a mi cuerpo para que éste no se desgaste por lo menos en cinco décadas.

Había oído hablar de tí, Nila, como todo el mundo, y había visto tu cara en holos, cubos, cosmovisiones y luminhojas. Pero jamás pensé que me vería involucrado en tu misterio. Me interesaba el enigma de la — chica azul que no tenía planeta ni raza, pero estaba convencido de que los sabios del "Jovianus" desvelarían el enigma por sí mismos. Quedé, pues, sorprendido, cuando vi la cara de Draken en mi viso. Y más sorprendido aún al escuchar sus palabras. Ma pidió que fuese al "Jovianus" rápidamente. Y lo hice.

Tardé sólo unos minutos en llegar hasta el gran globo grisáceo y

fusiforme, a bordo de mi aeromóvil. El propio Draken salió a recibirme y me llevó rápidamente a su despacho. Es unos centímetros más alto que yo, y sus revueltos cabellos blancos (Casi tan blancos como los tuyos) le cubren totalmente las orejas. Tiene los ojos hundidos, la nariz rectilínea y afilada y los labios carnosos y sonrosados. El pelo y la espesa barba blanca ocultan buena parte de su rostro, lo cual hace difícil adivinar su edad. Sus movimientos eran impetuosos y enérgicos, pero no creo que él se comporte así habitualmente. Sin duda, en aquellos momentos estaba nervioso. Después de sentarnos en los sillones vibratorios, Octavius Draken me dijo:

-Usted es nuestra única esperanza de descifrar el misterio de Nila, señor Castelian. Hemos recorrido todos los caminos posibles en esta singular investigación, pero aún nos queda uno. Usted lee los pensamientos, ve la mente de sus semejantes. Sólo le pido que vea en la mente de esa chica.

Yo siempre he tenido esa habilidad. Desde que nací. Los Psíquicos somos unos privilegiados. Todos los seres humanos poseen tales poderes, pero sólo algunos han sido capaces de dominarlos y perfeccionarlos, ayudados, lógicamente, por una predisposición natural innata. En el Instituto he logrado reunir a varios como yo, hombres y mujeres, y ahora nos proponemos buscar más Psíquicos por toda la Galaxia. Queremos estudiar lo más profundo del hombre, mientras otros se dedican a explorar infatigablemente todos los rincones del cosmos. El día en que el llamado Homo Sapiens deje de preocuparse por extenderse más y más lejos en el universo, y dedique un poco más de atención a su propio universo interior, tal vez todo el género humano se convierta en una gran familia de Psíquicos y Telépatas. Y con el poder de la mente, quizá consiga llegar más allá entre las galaxias que con su tecnología.

-¿no han obtenido el menor indicio sobre su origen? -pregunté.

-Nada en absoluto -me contestó Draken. Se tiraba acompasadamente de su hirsuta barba blanca y procuraba evitar mirarme directamente a los ojos. Quizá se sentía incómodo ante un individuo que podía estar leyendo su pensamiento. Eso es algo que notamos todos los telépatas -cuando estamos hablando con alguien, pero terminamos por acostumbrarnos. Tuve la tentación de decirle que en ese momento no estaba usando mis poderes, pero prefería no salirme de la conversación.

Después de una pausa, el científico continuó:

-Hemos conocido un poco la forma de ser de esa chica. Algunas cosas ya han sido difundidas, pero hay ciertos detalles que nos hemos reservado. Voy a contárselos a usted. Esa muchacha no sabe escribir. Le hemos enseñado a trazar en una luminhoja su propio nombre, pero no comprende la relación entre los símbolos escritos y su pronunciación. Es como si en su cerebro estuviese anulada la noción de palabra o idioma. Además le aburre escribir letras. Prefiere dibujar o pintar. Pero no crea que lo hace como lo haría cualquier chico o chica normal. - Nunca ha reproducido ningún objeto que haya a su alcance. Se limita a llenar la luminhoja de colores. Hace manchas rojas, azules, verdes, amarillas, marrones y negras... Y luego parece olerlas.

-¿Cómo?.

-Sí, creo que..."huele" los colores. Pone su nariz sobre los tra--

zos coloreados y aspira lentamente. Cada color debe tener un olor diferente para ella. Y también los saborea. Desliza su lengua por las manchas y luego se relame. Estoy seguro de que huele y saborea los colores.

Después de explicarme algunos detalles más, Draken me invitó a visitarte. Cuando llegamos ante la puerta de tu habitación le dije que prefería estar solo. Le advertí que procurasen no vigilar los acontecimientos a través de las pantallas, porque tal intromisión podría perjudicar a mi concentración. Draken pareció turbado al oír esto y me dijo que no tenía la menor intención de espiarme, pero sus mejillas se sonrojaron cuando sus ojos se encontraron fugazmente con los míos. Finalmente me deseó suerte y se alejó.

Me aproximé a la puerta. Draken me había dicho que no estabas encurrida, pero que cuando salías debías ir acompañada en todo momento por un médico o una enfermera. La puerta se deslizó y entré.

Allí estabas, Nila. Sentada en un sillón vibratorio y mirando fijamente los cuadros abstractos que Draken había ordenado colgar en las paredes de tu cuarto. Me miraste y sonreíste levemente. Estoy seguro de que notaste que yo era nuevo en aquel lugar, ya que nunca me habías visto antes y Draken me contó que tenía buena memoria. Pero no mostraste la más mínima sorpresa. Parecías cansada. O aburrida. Sin duda ya debías estar un poco harta de tanta prueba psíquica, de tanto análisis, de tanto hombre serio y alto tratando de enseñarte a hablar. Al natural eras más bonita que en imágenes. Tu rostro pentagonal irradiaba simpatía, juventud, alegría. Me acerqué lentamente a tí y traté de captar algo procedente de aquella cabecita. Me miraste con más curiosidad. Te levantaste grácilmente y hachaste a andar hacia mí con las manos cogidas a la espalda. Frunciste el ceño, te pusiste seria de repente y te detuviste frente a mí. Tus deliciosos ojos verdes me escrutaron.

Sentí una sensación nueva, algo que no había experimentado nunca antes. Quizá era sorpresa. Me dí cuenta súbitamente de que tus ojos no habían vacilado en buscar los míos. Era la primera vez en muchos años que alguien no se inquietaba en mi presencia. Yo traté de sonreír, pero estaba muy concentrado, abriendo mi mente para recibir cualquier cosa que saliese de tu cerebro. Tus pupilas gatunas estaban surcadas por cráteres y cordilleras. Volviste a sonreír. Labios azules, de un azul más oscuro que el de la piel. Dientes pequeños y blancos. Cejas blancas como diminutas fases de luna. Hombros redondos y suaves. Pechos pequeños y firmes, con unos pezones que casi parecían pintados sobre ellos, del mismo color que los labios. Piernas delgadas y esbeltas. Tu figura cumplí todos los requisitos exigidos por nuestro canon de belleza femenina. Tu pelo albino te caía graciosamente por la frente hasta casi cubrir las cejas, y detrás te llegaba un poco más abajo de la nuca.

Nos miramos el uno al otro. Luego sentí la primera sacudida. El suelo desapareció bajo mis pies. Un abismo negro y aterrador se abrió por debajo de mi cuerpo y un resplandor ógador llegó hasta mis ojos. Me tambaleé aturdido. Busqué a tientas una pared y me apoyé en ella. Cuando abrí los ojos, el suelo continuaba en su sitio y tú me mirabas sorprendida. Tus ojos y tu boca evidenciaban estupor. Yo te miré también y lancé mi mente en busca de la tuya. El resultado fue todavía más terrible. Toda la habitación desapareció y me encontré flotando en medio del espacio, cayendo hacia un monstruoso sol rojo que me atraía con su fuerza titánica, en

cuyo torrente yo era una simple pluma.

-!Nila! -grité.

Un segundos después, el mundo real regresó. Mehabías cogido una muñeca y yo me sentía extrañamente tranquilo. No me atrevía a explorar tu mente de nuevo.

-Yo... yo soy Ken... -balbucí- ...quiero saber quién eres, Nila.

Me sentí como un estúpido. Sabía que hablarte era perder el tiempo, pero fue lo único que se ocurrió en ese momento. Tú me tocaste la barbilla. Tuviste que alzar los pies para hacerlo, porque yo soy más alto. Me dedicaste una adorable sonrisa y luego te alejaste. ¿Qué habías hecho -- conmigo? ¿Por qué contemplé aquellos abismos cósmicos al sondear tu mente? ¿Te estabas protegiendo? ¿O yo era incapaz de soportar tu misterioso cerebro?.

Volviste a sentarte. Echaste la cabeza hacia atrás y tus ojos se cerraron.

-Nila...-llamé-...Nila, ¿me oyes?.

Parecías estar dormida. Te llamé por tu nombre telepáticamente, pero no reaccionaste. Dudé. Debías estar cansada. Avancé hacia la puerta de espaldas, con lentitud, y ésta se corrió cuando llegué a su altura. Salí apresuradamente y me fui a ver a Draken.

Le propuse llevarte al Instituto Mental. Argumenté que allí disponía de mejores medios para tratar de sondearte. No le dije nada acerca de mi corta pero alucinante experiencia. En realidad lo que pretendía era alejarte de aquel lugar, aunque sólo fuera por poco tiempo. Le aseguré que al final conseguiría averiguar tu secreto. Draken se mostró de acuerdo, pero tuvo que ponerse en contacto con varios gerifaltes del Gobierno para que diesen su autorización. Lo pensaron mucho, pero al final la dieron. Con una escolta de guardias armados hasta los dientes, te llevé a Oribis, al Instituto que dirijo, en el viejo continente africano.

Y ahora, por fin, ya has pisado el suelo de este viejo planeta. Estás aquí, en este blanco y rectilíneo edificio donde mis colegas y yo -- nos pasamos la vida haciendo ejercicios psíquicos. Estoy decidido a descubrir quién eres y qué haces en nuestro mundo. Me fastidian bastante las medidas de seguridad que los del Gobierno han lanzado sobre el Instituto. Aquí no las necesitamos. Nunca nos han hecho falta y ahora tampoco. Tú no piensas escaparte. Creo que estás muy agusto aquí. Y no creo que nadie -- intente secuestrarte.

Hoy he vuelto a pasear contigo por los jardines que rodean al Instituto. Te observo con atención. Pero ya no hay cámaras que te filmen en secreto. Tus centinelas están por ahí, cansados de vigilar sin saber exactamente qué es lo que vigilan. Me es difícil expresar en palabras lo que siento al estar a tu lado. No eres un ser humano como yo o como el personal de este centro. Eres distinta, extraña. Pero me gustas. Eres una chica preciosa. A mí no me hace falta que hables. Nos entendemos con gestos y miradas. Yo te enseño los árboles y las flores, y tú los hueles y los lames. Mientras lo haces, te miro y trato de extraer cautelosamente algo de tu cerebro. Pero no recibo nada. Te envío mensajes telepáticos, palabras y frases, pero tú no entiendes eso. Y tampoco me madas nada que yo pueda reconocer. No piensas, por lo menos con palabras. tu cerebro es tan inaccesible para mí como el interior de una estrella.

Hemos hecho algunos progresos. A veces, cuando estás tumbada en tu cama, mirándome con tus vivaces ojos verdes, me acerco, cierro los ojos, y dejo que mis ondas mentales viajen hasta tu cerebro. Entonces vuelvo a sumergirme en los terroríficos abismos del espacio, pero sé que sigo teniendo los pies sobre el mundo real y que no me pasará nada. He aprendido a soportar la espeluznante negrura de tu universo, Nila. En una ocasión, tuve la sensación de que mi mente abandonaba el cuerpo y de que viajaba por el universo, libre de las ataduras de la materia. Cuando abrí los ojos ví que tú estabas dormida, pero tenías los labios curvados en una extraña sonrisa.

Ahora voy a visitarte otra vez. Entro en tu habitación y te transmito el saludo acostumbrado: "hola, Nila". Estás pintando una luminosa. Levantas la cabeza y me sonríes. Nunca sé si recibes mis saludos telepáticos o no. Me acerco y veo que el color predominante es el rojo. En otras pintas en azul. No soy psicólogo y no puedo discernir si pintas para distraerte o simplemente para oler o chupar los colores.

Súbitamente, te levantas de la silla. Me coges de un brazo y me llevas a tu cama. Te tiendes sobre ella con agilidad felina y te quedas mirándome. Creo que ya te entiendo. Cojo una silla y me acerco al lecho. Me siento y cierro los ojos. Dejo mi mente en blanco. Quizá esto es un juego para tí. Y puede que también para mí. Comienza el viaje. Estoy encima de la Tierra, veo sus mares y sus continentes. Me desplazo a la mayor velocidad que puede existir en el universo, la del pensamiento. En un fugaz relámpago, todo el Sistema Solar pasa ante mí y salgo de él. Viajo hacia las estrellas. No sé por qué sucede esto al entrar en tu mente, Nila, y no estoy seguro de querer averiguarlo. Pero voy a continuar tu juego. Es el único camino para saber la verdad. Los puntos de luz del espacio se muevan ante mí a vertiginosa velocidad. Pero ahora...oh, algo extraño sucede. Siento frío, vértigo...estoy flotando. Abro los ojos, pero sigo viendo la negrura impenetrable del universo. Una estrella se acerca a mí, su luz me ciega, me tapo la cara con las manos...!Por el Orden Cósmico! No estoy sentado - junto a tu cama, Nila. Mi cuerpo está en el espacio, perdido entre las estrellas. Me obligo a conservar la calma. Es sencillamente una sensación realista producida por tu mente. ¿Cómo la haces, Nila?. Ni siquiera en nuestros más complicados ejercicios mentales hemos llegado a estos resultados. Tú, con tu cara anfiada y tu sencilla sonrisa has ido más lejos que todos los Psíquicos de la Galaxia.

Mi velocidad aumenta. Soles blancos, rojos amarillos, salen a mi encuentro. Planetas misteriosos, que no parecen pertenecer al Imperio Terrestre, ni siquiera a nuestra galaxia. Veo seres extraños. Enormes bolas de luz que lanzan tentáculos refulgentes. Los atravieso como si no existieran. Una estructura semejante a una descomunal tela de araña, y en su centro... por el Orden, no puedo describirlo... no sé si es un ser vivo o un planeta lleno de protuberancias... voy hacia él... !No! !Tengo miedo! ¿Dónde estoy?... No debo enloquecer, no debo, no puedo... Yo soy Ken Castelian y mi mente es poderosa... pero sólo soy un hombre, un simple hombre... ¿hasta dónde puedo resistir?... Lo he atravesado... trato de mirar mi propio cuerpo... veo mis brazos mis piernas, mi traje plateado... todo está aquí, en el océano estelar, pero entonces... ¿qué es eso? Un gigantesco cuerpo gaseoso, incandescente... su resplandor me hiere los ojos, pero soy capaz de mirar-

lo sin quedar ciego... ya voy entendiendo... éste no es mi cuerpo físico, sino el astral... he conseguido abandonar la tiranía biológica. Hace años logré hacerlo por mi propia voluntad, pero la angustia fue tan horrible que he preferido no intentarlo otra vez... Ahora lo he hecho sin dolor, sin pánico, pero... la esfera luminosa está aumentando su brillo... noto que a mi alrededor no hay estrellas, ni planetas ni galaxias... sólo el enloquecedor vacío negro... la nada... entonces, ¿qué es ese cuerpo?... eso parece que va a... ¡una explosión!... no hay ruido... no hay calor... ha sido un repentino fogonazo... veo los fragmentos diseminarse por la negrura, los restos de la gran bola han salido despedidos en todas direcciones... se deshacen... parecen refulgentes flores que abren sus pétalos... forman espirales, galaxias difusas, nebulosas como tenues manchas blancas... y ahora... ¡uno de los fragmentos viene hacia mí! Pensé que eran más pequeños, pero olvidé que aquí no hay puntos de referencia... mis ojos astrales no pueden captar la verdadera magnitud de esos objetos, y no sé a qué distancia me encuentro de ellos... ¡no!... una nebulosa entera viene hacia mí... ¡Nila! ¡ven conmigo! ¿Dónde estás?... un escalofrío de terror sacude mi cuerpo. Estoy solo. No me oyes. Me has traído hasta aquí y no sé cómo regresar... esa monstruosa medusa blanca y palpitante me alcanza... veo descomunales nubes incandescentes, formas luminosas que me rodean por arriba y por abajo... ¿Qué es este lugar?... ¿la génesis de un universo? ¿o su final?... ¿alguien antes que yo habrá visto todo esto?... me encuentro en un reino de silencio y fuego abso-
lutos... tengo miedo... estoy solo...

¡No! Mi miedo se ha ido. Siento el contacto de tu mano cálida alrededor de mi muñeca. Estás conmigo, flotas junto a mí en este enloquecedor vacío. Me miras y sonríes... me acaricias el pelo... tiras de mí, me arrastras hacia las inmensidades sin creación que nos rodean... los restos de la gran esfera siguen alejándose, deshaciéndose... ¿Dónde me llevas, Nila? Parece que estamos buceando en un océano de noche sin estrellas. Pero... ¡Nila! ¿Dónde vas?... Te alejas de mí... no, querida Nila, no me dejes ahora, estoy solo, indefenso... eres capaz de comprenderme?... Nila, vuelve conmigo... dime de dónde vienes, dime quién eres, Nila... déjame al menos algo que tranquilice mi razón... Cada vez estás más lejos de mí... intento tocarte a tí, pero no puedo moverme... una fuerza misteriosa se empeña en separarnos. Veo tu pequeño cuerpo girar lentamente, me dices adiós con la mano, me lanzas una última sonrisa y contemplo tus dientes blancos que me envían destellos, tu pelo albino, tus cejas, tus pestañas... Todo ello en la lejanía, parece formar la primera estrella de este universo que nace... o la última estrella de este universo que muere... Tu mano me sigue diciendo adiós, y yo te respondo con la mía... adiós, Nila, adiós...

He vuelto. Abro los ojos físicos y veo tu cama vacía. No tengo fuerzas para levantarme. Miro a mi alrededor. Todo sigue igual. Todo. Excepto tu presencia, Nila. Te has ido. Tan misteriosamente como llegaste. Tal vez me has dejado un mensaje que yo no puedo comprender. Quizá tu eras sólo el principio o el final de algo. Me sacaste de aquí y me has traído de nuevo. Es posible que vuelvas algún día. Un presentimiento inexplicable me dice que dentro de poco volveremos a encontrarnos contigo... y con otros como tú. Pero en este momento me siento triste. Algo muy profundo de mí se ha ido contigo, muchacha de piel

azul. Algo que ya no volverá nunca.

Ahoa vendrán las preguntas, las llamadas. Pero ya sé qué les voy a decir. Les diré que he aprendido la lección. Que aunque hayamos conquistado la galaxia, el universo sigue siendo grandioso, misterioso e inconquistable. Y cuando alguien me hable de la lógica y el orden del mundo... me acordaré de tí, Nila.

ALTAIR

CIENCIA FICCION TERROR Y FANTASY

Encontrarás artículos e información sobre

Libros, publicaciones, cine...

Mensualmente toda la actualidad del género fantástico en

-ALTAIR-

Aparece en septiembre.

